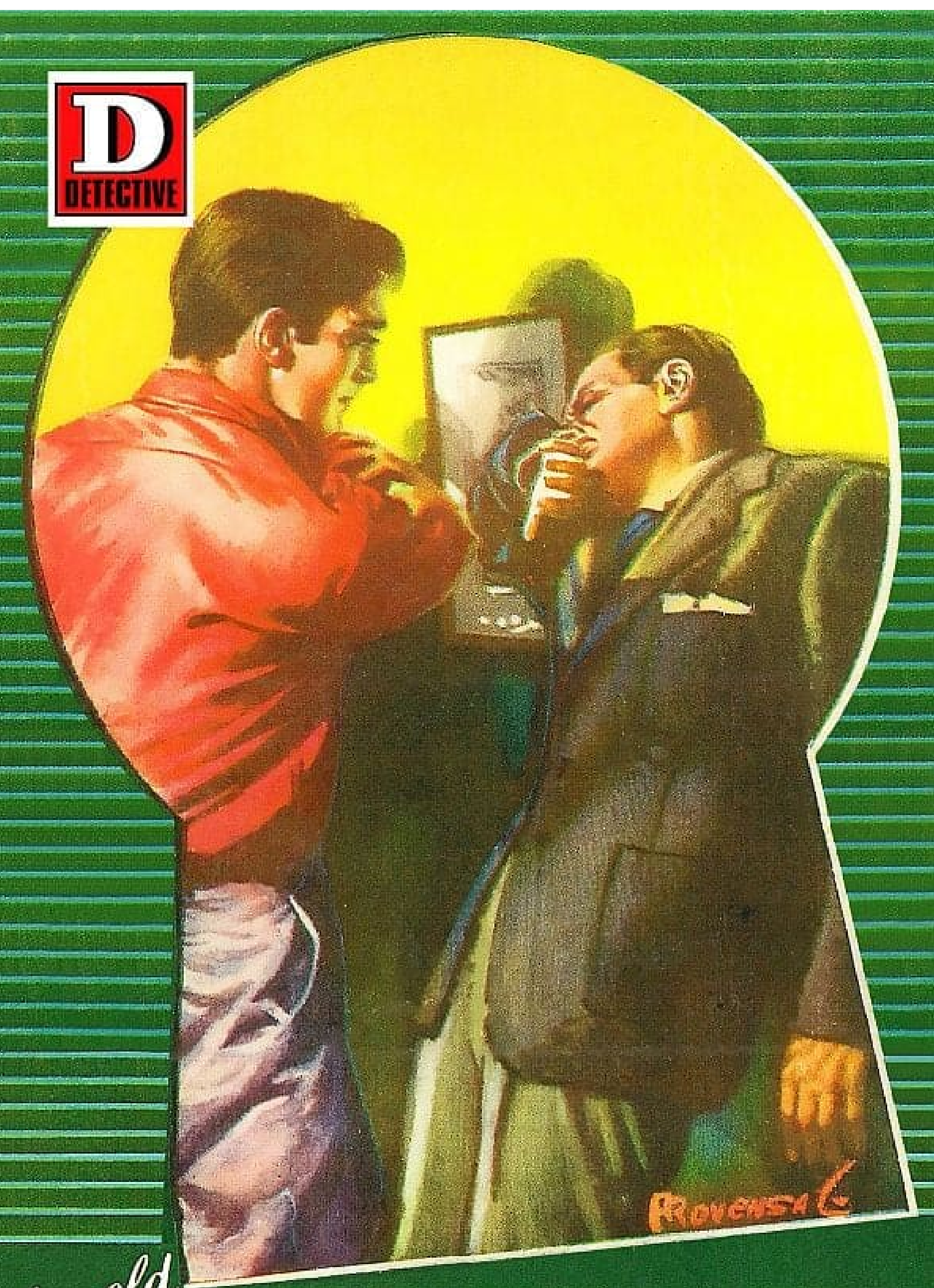


Arnold Briggs

NARDOS PARA TU VIUDA

De los cinco distritos que componen la ciudad de Nueva York, Manhattan, Bronx, Brooklyn, Queens y Richmond, el matrimonio Lindsay había elegido para residir el distrito de Queens.

Era una elección acertadísima, comentaban todos los habitantes del distrito de Queens. Bastaba atravesar el puente de Blackwall sobre el East River, y se encontraba uno de lleno en el centro de Manhattan, con su tumultuoso dinamismo.



Arnold Briggs

Nardos para tu viuda

Detective - 29

ePub r1.0
LDS 25.05.18

Título original: *Flowers for your window*
Arnold Briggs, 1953
Traducción: A. López
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




Nardos para tu viuda
por ARNOLD BRIGGS
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

De los cinco distritos que componen la ciudad de Nueva York, Manhattan, Bronx, Brooklyn, Queens y Richmond, el matrimonio Lindsay había elegido para residir el distrito de Queens.

Era una elección acertadísima, comentaban todos los habitantes del distrito de Queens. Bastaba atravesar el puente de Blackwall sobre el East River, y se encontraba uno de lleno en el centro de Manhattan, con su tumultuoso dinamismo.

Y al regresar a Queens era delicioso sentir como en el campo, con su quietud y su apacible ambiente, sólo truncado los días de carreras en el hipódromo de Jamaica.

Pero también los Lindsay habían elegido el mejor barrio del distrito: el de Astoria. Un fuero respetado en aquel barrio, prohibía la construcción de edificios que rebasasen las tres plantas, y eran amable, pero firmemente expulsados, los que pretendían resolver el problema de la vivienda, construyéndose chozas.

Por eso en el barrio de Astoria se respiraba señorío, respetabilidad y pulcritud. Volviendo la espalda al East River, tras cuya líquida barrera se alzaba la urbe de rascacielos, se podía imaginar que era Astoria una señorial y antigua capital provinciana.

Sus mansiones con jardín, en los recuadros regulares de amplias avenidas sombreadas de tilos y acacias, eran propiedad de familias que efectuando sus compras en cualquiera de las tiendas del extenso barrio, eran conocidas por sus apellidos si no ilustres, pertenecientes al clan de Astoria.

La señora Lindsay era considerada un poco orgullosa y distante. Rechazaba con oportuno y cortés cambio de conversación cualquier inicio de comentario sobre las vidas ajenas.

Era joven y daba sin embargo la impresión de serena madurez.

Para todos los tenderos, la señora Lindsay, que no realizaba sus compras a diario, personificaba la eficiente ama de casa, que no pierde el tiempo en habladurías, sabe comprar y elige con seguro tino la buena mercancía.

El droguero Harriman saludó con rendida pleitesía a la señora Lindsay, aquella tarde del 13 de marzo.

—Celebro tener el honor de saludarla, señora Lindsay. ¿Qué se le ofrece?

—En el garaje y en el invernadero tenemos una plaga de roedores. La señora Seymour me ha asegurado que una mezcla de arsénico con miga y queso, es el mejor procedimiento para exterminarlos.

—En efecto, señora Lindsay. ¿Qué cantidad le parece bien? ¿Ponemos dos gramos? Tengo un preparado especial, si quiere evitarse la molestia de efectuar la mezcla.

—Prefiero que la señora Seymour lo prepare. Dos gramos serán suficientes.

Mientras manipulaba en la balanza de precisión, comentó Harriman:

—La primavera se anuncia agradable, señora Lindsay. Espero que el señor Lindsay estará perfectamente.

—Sí, gracias. ¿Es éste el libro de registro?

—Éste es, señora Lindsay. Ya le habrá informado la señora Seymour que es una fórmula que nos exigen. Tenga la bondad de especificar en letras la cantidad que le sirvo, y firmar con la fecha. Gracias, señora Lindsay. ¿Le sirvo algo más?

—«Benerva» granulado.

—Un excelente sedante para los nervios. Al señor Lindsay le producirá más efecto que el «Bromurol». Se lo dije así a la señora Seymour. ¿Algo más, señora Lindsay?

—No, gracias.

Ella se marchó, tras entregar el dinero exacto, con la moneda fraccionaria.

Harriman meditó unos segundos, mientras insertando el papel secante en la hoja correspondiente al 13 de marzo, cerraba el registro de tóxicos.

La señora Lindsay no era una belleza llamativa, y a primera vista hasta parecía insignificante, sin pintar, vestida sobriamente y

carente de toda coquetería.

¿Qué don poseía la señora Lindsay para que hasta él mismo, poco propenso a imaginativos presentimientos, se sintiera atraído, como envuelto a su aparición, en un halo de poderoso atractivo dominante?

Pensó en lo que cierta vez había dicho un jovenzuelo que tendría indudablemente un mal fin, porque se dedicaba a remitir poesías a las editoriales de Manhattan.

Había dicho:

«La señora Lindsay es como las florecillas de color tan delicado que casi no destacan en el arco iris de la pradera tapizada de vistosas flores. Si un dichoso azar nos inspira el inclinarnos, tenemos el deleite de descubrir que exhalan un aroma penetrante, embriagador, maceración de misteriosos perfumes. En la pradera ya nos olvidamos de todas las demás flores vistosas».

Pero Harriman se olvidó de la señora Lindsay, porque una clienta común y sin «maceración de misteriosos perfumes», le reclamaba.

* * *

—Estoy segura que les gustará. Es una comedia ingeniosa, espiritual y divertida. Pueden disponer de su noche.

—Muchas gracias, señora —sonrió Janet Seymour.

Su esposo inclinó la cabeza, con la respetuosa cortesía propia de su cargo de esposo del ama de llaves, jardinero y chofer en algunas ocasiones.

William Seymour era un hombre muy normal, reposado y de una edad alejada ya de todo inútil romanticismo.

Quería mucho a Janet, con el amor-afecto, sólidamente trabado por el lazo de la costumbre.

Era tardo en sus reflexiones. Le atosigaba aquel extraño sentimiento íntimo de adoración, de mística devoción, que le sobrecogía cuando la señora Lindsay posaba en él su clara mirada.

* * *

En la blanca cocina, el reloj marcaba las once menos cuarto. La señora Lindsay retiró de uno de los discos eléctricos, la bruñida tetera donde el agua ya hervía.

La colocó sobre la plancha absorbente de la mesita de blanco esmalte.

A un lado, estaba la caja de hojalata con el té, y el jarro de cristal que contenía la hierba de menta. Entre ambos, la cajita de granulado del sedante nervioso.

Sobre la etiqueta del calmante, había un sobrecito parafinado, de verde color, donde se destacaba el aviso de mal gusto, pero muy prudente.

La calavera y las dos tibias, anunciando que el contenido del sobrecito verde, podía matar si era empleado inadecuadamente.

Con gesto preciso, la señora Lindsay rasgó el sobrecito, y vertió el blanco polvo venenoso en el agua humeante contenida en una hermosa taza de porcelana de Sevres.

* * *

Introduciendo la llave en el cerrojo de la puerta de acceso a las dependencias donde se alojaban, comentó aún la señora Seymour:

—Me he divertido agradablemente, Bill. La señora tiene muy buen gusto. Y ha sido tan amable en ella, darnos esta ocasión de admirar a la Garson… Es una actriz finísima.

En la cocina, William Seymour se preparó su habitual refrigerio nocturno, preliminar de su sueño tranquilo.

Como siempre, verificó una ronda de inspección. Al pasar delante de la puerta del despacho-biblioteca, se detuvo.

La raya de luz indicaba que el señor Lindsay aun no se había acostado. No solía leer hasta tan tarde, aunque era un fanático devorador de libros.

¿Se habría olvidado de cerrar la luz?

William Seymour tanteó, la puerta, suavemente. No estaba cerrada, y cedió al suave empuje.

—Perdone el señor… Pensé que el señor… ¡Señor Lindsay! ¡Señor Lindsay!

CAPÍTULO II

Milton Carey se estaba limpiando los dientes. La mecánica rutina higiénica de todas las noches, no le favorecía.

Su rostro de trazos duros adquiría un ceño más amenazador aún, en las contorsiones que imprimía ahora a sus labios.

—¡Milton! Te llaman de comisaría.

Milton Carey hizo gárgaras, concienzudamente, antes de ir a colocar en su oreja el auricular.

Escuchó unos instantes, y dijo:

—Voy inmediatamente.

Se quitó el pijama, empezando a vestirse. Su esposa, desde la cama, bostezó:

—Eres un hombre importante, Milton. Tendrías que exigir a los asesinos un horario más decente.

—Es una manía como otra cualquiera, esta que tienen de actuar de noche.

—Al menos, podrían esperar tus turnos de servicio.

—Estoy siempre de servicio. Ésta es la pejiguera.

—Tengo celos de tu carrera, Milton. La quieres más que a mí.

—¿Tú crees?

Al colocarse la funda axilar, opinó:

—Volveré pronto, Mary. Un caso claro de envenenamiento a domicilio. Los asesinos carecen de talento, Mary.

—Ya sé, ya sé. El crimen perfecto es el garrotazo en la nuca, propinado en una noche obscura, en descampado, y sin elegir la víctima. Así la carencia de móvil, hace imposible encontrar al asesino.

—El día que me tropiece con una ausencia total de móvil, tendremos que instalar un puesto callejero de patatas fritas, Mary.

Milton Carey apoyó los labios en la frente de su mujer, y a la vez hizo presión sobre sus hombros. Ella se dejó sumergir en la tibia caricia de las sábanas.

Su marido era un encanto.

No opinaban así en muchas penitenciarías.

* * *

En el jardín, Gaskell esperaba a que bajase del coche el capitán del Departamento de Investigación Criminal.

Abrió la portezuela:

—Buenas noches, capitán.

—¿Tú crees? ¿Cómo está el asunto?

—A las doce y veintisiete minutos, William Seymour telefonea. Es el marido del ama de llaves. Regresaban los dos del teatro. Encontró Seymour al dueño de la casa, Johnatan Lindsay, de bruces sobre el despacho. Muerto. A su lado, una taza vaciada a medias. Arsénico, dice el químico. Los he separado a los tres, capitán. William Seymour en el vestíbulo. Su mujer en el comedor. La señora Lindsay en el despacho-biblioteca. En la cocina puse a Jamestown, de plantón.

—Perfecto, Gaskell. ¿Son tus notas?

—Sí, capitán.

—Dámelas. Empezaré con Seymour. Tú intenta sondear a la Seymour.

Milton Carey no se apresuró en atravesar el gran porche, y el vestíbulo. Quería «empaparse» del «clímax».

Una casa bien. Muebles adecuados. Pulcritud, serenidad, orden. Gaskell señaló a su derecha.

Carey, desde el umbral, examinó el despacho. Sólidamente planeado para aislarse confortablemente.

En la mesa de un rincón, volvía la espalda a una estantería de libros encuadrados en tafilete azul, un hombre de blancos cabellos, que parecía dormir sobre sus brazos cruzados.

Tenía al alcance de la mano una tacita de porcelana. Vestía chaquetón casero de lana, pantalón de franela, y calzaba zapatillas de piel marrón.

En un sillón, erguida, una mujer.

Dos hombres terminaban su tarea. Lo hacían con evidente desgana, como considerándolo inútil, pero cobraban para hacerlo.

Los croquis pasaron a manos de Carey, mientras el perito en huellas alisaba un papel junto a la cabeza del muerto.

No pensaba Carey reprocharles aquella falta de entusiasmo. Las notas tomadas por Gaskell tenían una línea escrita con mayúsculas.

> «BEATRIZ LINDSAY NO LO NIEGA». «ENVENENÓ A SU MARIDO».

Milton Carey se quitó el sombrero. No era respeto al muerto.

—¿Es usted la señora Lindsay?

—Si.

—Soy el capitán Carey, del
«C. I. D.».
¿Desea manifestarme algo, señora Lindsay?

—Nada.

—Preguntaré entonces. ¿Es su marido?

Con el pulgar por encima del hombro, indicó Carey la mesita.

—Sí.

—¿A qué hora le vió por última vez?

—Las once.

—¿Exactamente las once?

—Lo comprobé en el reloj de la cocina. Tenía Johnatan la costumbre de tomar todas las noches, a las once en punto, una infusión de té con menta. Le coloqué la taza, y me fui a dormir.

—En los apuntes del agente de servicio en comisaría, consta la presencia de arsénico en la taza. ¿Conocía la existencia de arsénico en su casa, señora Lindsay?

—Lo compré en la droguería de Harriman, esta tarde a las cuatro.

—Tuvo que firmar el registro. ¿Especificó el destino del tóxico?

—Para las ratas.

No había insolencia ni cinismo en las lacónicas respuestas. Solamente la misma precisión que existía en los claros ojos de Beatriz Lindsay.

—Su ama de llaves… veamos, su ama de llaves Janet Seymour,

prepararía la taza, como es de su menester.

—Di permiso a los Seymour para ir al teatro.

—Ya… Era su noche de salida, ¿no?

—Cada semana tienen libre el jueves desde las tres, y el domingo desde la misma hora, hasta la cena.

—Hoy es viernes, señora Lindsay.

—Sí. Les concedí un permiso extraordinario.

—Bien. ¿Empleó el arsénico para las ratas?

—No.

—¿Qué hizo con él?

—Lo vertí en la taza.

—Señora Lindsay… ¿Todo cuanto me está diciendo, se halla dispuesta a repetirlo ante un taquígrafo jurado?

—Sí.

—Gracias, señora Lindsay.

Milton Carey reiteró las mismas preguntas ante el «taquígrafo». Añadió otra:

—¿Reconoce espontáneamente haber envenenado a su marido?

—Sí.

—¿Puede indicar el móvil que le impulsó a matar su marido?

—Ninguno.

—Hasta ahora respondía usted con claridad, señora Lindsay.

—Confieso que no tengo ningún motivo para haber deseado la muerte de Johnatan.

—Sea razonable, señora Lindsay. Nadie mata sin móvil. Usted admite haber envenenado a Lindsay. Deme la justificación de un acto injustificable. Hay atenuantes que el tribunal, en su día, podría apreciar. ¿Por qué envenenó a su marido? ¿Qué móvil la impulsó?

—Repito que ninguno.

Milton Carey apuntó en su bloc:

«INTELIGENTE. TRATA DE OBTENER EXAMEN MENTAL».

—Resumiendo, señora Lindsay. Usted admite haber adquirido el arsénico causante de la muerte de su esposo, y haber dado permiso a los Seymour, para poder preparar la taza con el veneno. La dió a su esposo, y se fué a dormir… con la conciencia tranquila.

—Sí. Fui a dormir con la conciencia tranquila.

Milton Carey se aplicó el lapicero sobre los labios, con un golpecito. Fué su modo de cortar la palabra: «cinismo».

—¿No quiere declarar el motivo por el que mató a su esposo?

—Repito que no tenía el menor motivo para desear matar a mi esposo.

—¡Pero ahí está, señora! ¡Está bien muerto!… Perdón. Ya que reconoce haber envenenado a Lindsay, ¿por qué se obstina en ocultar su móvil? Comprenda que lo hallaremos.

—Es su obligación, capitán Carey. Y si yo dispusiera de un móvil, no tendría por qué ocultárselo.

—Como quiera, señora. Le advierto solamente que esta actitud será molesta para todos. Para usted, y para sus interrogadores.

—No podré inventar lo que no existe.

—Existe un cadáver. Existe un veneno. Existe su propia confesión. Bien, señora Lindsay, sé reconocer cuándo una persona no está dispuesta a hablar. Tenga presente que me obligará a bucear en intimidades. ¿Qué edad tenía su marido?

—Cincuenta y seis años.

—¿Y usted, qué edad tiene?

—Veintiséis años.

—¿Puede proporcionarme una lista de los amigos de su marido?

—Los Seymour pueden decirle que no recibíamos a nadie.

—Pueden decírmelo, tal vez. Pero entre diez y doce, dos noches por semana no están en la casa. Ni lo estaban esta noche. Su actitud respira dignidad, señora Lindsay. ¿Por qué no me evita preguntas enojosas?

—Usted cumple con su obligación, capitán Carey.

—Bien… ¿Sabe aproximadamente el montante de la fortuna de Lindsay?

—Johnatan era rico. En aquella caja fuerte, está su libro de cuentas, controlado por él mismo, semanalmente. En valores y cuentas corrientes, la fortuna de mi marido asciende a cerca de doscientos mil dólares.

—¿Tiene usted fortuna propia?

—No.

—¿Qué tiempo hace que se casó con Lindsay?

—Unos dos años.

—Es usted joven. ¿Se enamoró de Lindsay?

—Era un hombre bueno conmigo, le tenía afecto, y me sentía segura a su lado.

—Y le ha demostrado su gratitud, sirviéndole arsénico en taza. Su modo de asumir la responsabilidad es extraño, señora Lindsay. Acepta sin discusión haber envenenado a Lindsay, y se niega a declarar el móvil. Lo descubriremos, pero usted que parece inteligente, ¿qué se propone al ocultar su motivo? ¿Encubrir a un hombre de menos años que Lindsay?

Ella permaneció en silencio, mirando con serenidad a Carey. Éste cerró su bloc.

—Bien, señora Lindsay. La acompañaré al Departamento. Queda usted detenida bajo la inculpación de homicidio voluntario. ¡Gaskell! Acompaña a la señora Lindsay al Departamento.

Beatriz Lindsay se levantó, y al pasar delante de Carey, inclinó brevemente la cabeza en saludo.

Milton Carey correspondió, y después, cuando no podía ser oído, se reprochó ásperamente:

—La has tratado como si fuera una gran dama, y es una cínica envenenadora.

Se aproximó al cadáver, que en aquellos momentos iba a ser ya trasladado al depósito. Susurró:

—Tuviste la culpa, Lindsay. Son muchos treinta años de diferencia, para una joven ambiciosa.

Pasó al comedor. Janet Seymour tenía los ojos enrojecidos.

—¿Es usted Janet Seymour? Bien… Es seguro que usted tendrá el sentido de su deber. No son confidencias lo que pido, sino la honrada aportación al esclarecimiento del móvil. Por su empleo, está usted capacitada para responder adecuadamente. ¿Eran buenas las relaciones entre el matrimonio?

—El señor Lindsay adoraba a su espesa, y la señora Lindsay era… era muy buena con él…

—No llore, Janet. Cálmese. ¿Qué amigos recibía el señor Lindsay?

—No… recibían visitas. Eran muy hogareños. Un matrimonio muy unido… Es increíble. La señora Lindsay, tan buena…

—Todos lo somos hasta dejar de serlo. ¡Jamestown! Acompañe a la señora Seymour al Departamento, para el atestado.

Milton Carey fué al vestíbulo. William Seymour fumaba su pipa

de brezo, paseando calmosamente.

—Sea conciso, Seymour. ¿A qué atribuye la muerte por envenenamiento de Lindsay?

—Ha sido para mí una sorpresa enorme, capitán. Francamente, nunca pude pensar que la señora… hiciera esto.

—Estamos entre hombres, Bill. La señora es joven, su marido era casi un anciano. ¿Quién era el otro?

—¿Cuál otro, capitán?

—El eterno triángulo, dicen los franceses. El marido viejo o insoportable, la mujer deshonesta, y el amante.

William Seymour se irguió. Miró agresivamente a Carey.

—La señora Lindsay es honesta, y es feo lo que usted acaba de insinuar, capitán, si me está permitido opinar.

—¿Le parece menos feo el cadáver de Lindsay, envenenado por la honestísima señora Lindsay?

—Es incomprensible, es increíble, capitán.

—Reúnase con su esposa. Irán a declarar para el atestado.

Milton Carey recorrió la cocina, comparó las huellas, releyó el informe forense, y redactó su personal deducción.

Advertía que el extraño caso de la envenenadora había sido planeado por ella, de modo que indujera a dudar de su estado mental, y anticipándose a la objeción del sentido común, hacía constar la posibilidad de que una mujer joven, llegando a odiar ser la sumisa y enclaustrada esposa de un hombre achacoso y con frecuencia irritable por sus ataques de nervios, podía preferir la reclusión en un cómodo sanatorio, del que además no era difícil escapar si contaba con la complicidad de un tercero en discordia.

Debía existir, seguramente, un tercero en discordia. Era su misión encontrarlo. Si no lo hallaba, el móvil podía ser simplemente el odio fríamente acumulado, que los Seymour, poco perspicaces, no podían haber advertido.

Cuando el juez oficial, aceptó todas sus conclusiones, Milton Carey durmió en paz con su conciencia… varias noches.

CAPÍTULO III

La secretaria, huesuda, carente de todo atractivo, invitó:

—Pase usted, capitán.

Milton Carey entró en el despacho. Respetaba mucho a los hombres famosos por su integridad, honradez y preclara inteligencia. Una inteligencia prodigiosa la del abogado Roger Compton.

Fue casi humilde su saludo:

—¿Cómo está usted, señor Compton?

El abogado criminalista señaló un asiento:

—Me permito sugerirle, capitán, que no me lastre con inexistente senilidad al tratarme tan respetuosamente. Alguna que otra vez hemos colaborado, desde opuestos puntos de vista, pero siempre con la misma finalidad: al servicio de la verdad. Usted es un investigador excelente, y no creí que me tuviera rencorcillo si alguna vez he logrado demostrar que un supuesto culpable no lo era.

—¡Por Dios, señor Compton! Si su inteligencia es superior, es para mí un motivo de admiración.

—No me llame pues «señor», si mi supuesta mentalidad le parece tan admirable. Está usted como inquieto. Tenemos en común el vicio que desearía contagioso, de la pasión por la cruda verdad. Ha solicitado usted esta entrevista, especificando que era pura y estrictamente particular.

—Es fastidioso no saber cómo empezar, Compton.

—Tiene usted mención de acrisolada valentía.

—Usted mismo sustenta la tesis de que un hombre no es plenamente bueno ni del todo malo. Eso sucede también con la valentía. Hay instantes en que me falla.

—Para usted, dispongo de media hora. Tome un cigarro. Yo no fumo, pero me gusta el olor del tabaco, cuando lo quema un amigo. Llevo once años de ejercicio en mi profesión, y me juzgan conocedor del indescifrable misterio que entraña todo ser humano. Usted siempre me pareció diáfano como un copo de nieve antes de aplastarse. ¿Por qué está nervioso, capitán?

Milton Carey imitó verbalmente la acción del que físicamente vence su aprensión y se zambulle en el agua helada.

—¡Se trata de Beatriz Lindsay!

Y como descargado de un fardo pesado que mortificara sus robustas espaldas, el capitán Carey mordió agresivamente, y aliviado, el habano.

Roger Compton, de enjuto rostro ascético, pareció aplaudir con las yemas de los dedos, ahincados firmemente los codos en los brazales de su sillón.

Carey se remontó a sus años de pantalón corto, cuando esperaba la regañina del maestro.

—No estudié el caso de Beatriz Lindsay, y no tengo por lo tanto un fundamento sólido. Pero si no estoy confundido, fue usted quien la detuvo, y demostró su participación directa e indiscutible en la muerte por envenenamiento de Johnatan Lindsay. La causa debe estar próxima a verse. No recuerdo ahora a quien nombró defensor, la supuesta envenenadora. Un eufemismo de la ley, puesto que antes de la sentencia, todo culpable es meramente sospechoso de culpabilidad. Haciendo memoria, recuerdo haber leído su atestado, capitán. Aplastantes pruebas en contra de Beatriz Lindsay. Redactado con matemática lógica. Le felicito.

—¡Eso es lo malo! Escuche, Compton… Usted nunca ha cometido errores ni los cometerá. Nació así. Pero puede adivinar el estado de ánimo en que puede hallarse un hombre, cuando la duda germina en su convicción. Hasta ayer mismo, estaba convencido de la culpabilidad de Beatriz Lindsay. Para ultimar la investigación, fui varias veces a visitarla. Era ella libre de inventar, de negarse, de emplear su inteligencia. Contestó voluntariamente a todo. Se reconoce culpable, y tan sólo se niega a confesar su móvil. Usted me conoce, Compton. Yo no soy un novato asequible a prestar credulidad a las protestas de inocencia. Pero ella no protesta ni se defiende. ¡Eso es lo malo!

—Será lo suficientemente inteligente para no esforzarse en negar lo indiscutible. O lo bastante cínica para no avergonzarse.

—Es inteligente, y no puedo acabar de calificarla de cínica.

—No pretenderá usted que la esposa que envenena a su marido, es un dechado de franqueza y moralidad.

—No encuentro el móvil —dijo, desesperadamente, Carey, mirando la machucada punta de su habano, como si allí estuviera la solución.

—Usted mismo, en su atestado apuntó certeramente las dos posibilidades: o ella se finge perturbada, o lo es. Esta última hipótesis es moralmente la más consoladora.

—El psiquiatra nombrado por la defensa misma, afirma bajo su responsabilidad, que Beatriz Lindsay es absolutamente normal.

—Entonces, es una mujer carente de todo sentido moral.

De nuevo volvió Carey a repetir dos gestos. Avanzar el cuello y «zambullirse»:

—He venido para suplicarle se haga cargo de la defensa de Beatriz Lindsay.

Y morder con frenesí el destrozado habano.

Se hizo más ascético el semblante severo del criminalista.

—Me coloca usted en una tesitura muy incómoda, capitán. Usted mismo acaba de reconocer que si poseo algún criterio arraigado, es el de nunca defender casos inmorales. Yo repudio desde todos los puntos de vista, legales, personales y eternos, la inmoralidad sin atenuantes. Un golfillo, una pobre mujerzuela callejera, tienen el lastre de un ambiente perturbador. No es el caso de mujeres como Beatriz Lindsay, nacidas en buen ambiente. Si se desvían es porque llevan consigo la debilidad imperdonable de no saber luchar contra el germen del mal que todos llevamos dentro y latente. Ésta es nuestra humana obligación, la que nos hace ser gentes humanas, provistos de raciocinio. Combatir constantemente el virus malsano, y gozar la paz del espíritu que nos proporciona el vencer la bestia agazapada. Perdone el discurso, capitán, pero me ha causado usted una decepción.

Milton Carey iba asintiendo, pero su rostro de duras facciones expresaba tanta compunción, que Compton atenuó la severidad de su reproche:

—Si tiene usted alguna prueba a favor de la inculpada, cualquier

defensor la atenderá.

—Por vez primera en mi profesión, es a la inversa mi problema. Las certezas me las proporcionó la misma acusada. Las dudas las he incubado yo mismo, con el transcurso de los días. Es indefinible, señor Compton. Llevo años entrenándome en el estudio de las reacciones de los culpables. Nadie reacciona como ella… En fin, señor Compton, tiene usted razón. Yo no debí venir. Pero verá… He venido, porque a otro abogado le expongo mis dudas, y podría haberse imaginado que ella me prometió dinero, o alguna cosa peor, y no quise exponerme a ser degradado y pasar una temporada entre rejas, por estropear la anatomía a un representante de la ley. Con usted yo sabía que no me consideraría capaz de tal indignidad.

—Y es la razón por la que le he escuchado pacientemente, Carey. Admito su desazón al imaginar que pudo cometer un error. Pero en su departamento le juzgan incapaz de no terminar un atestado, sin haber eliminado toda posibilidad de resbalón.

En pie, Milton Carey gruñó:

—Ojalá mi resbalón consista en imaginar que ella es inocente, pese a todas las pruebas en contra. Y perdóneme, señor Compton. No debí venir.

—Al contrario. Ha sido una confirmación de nuestra amistad. Me ha demostrado confianza. Buenos días, capitán.

Milton Carey se dirigió hacia la puerta. Tenía por costumbre andar como si hasta las mismas paredes estuvieran obligadas a esfumarse, apartándose a su paso.

Ahora parecía remontar una pendiente.

—Un instante, Carey. ¿Qué estrujaba usted en su bolsillo?

El interpelado se volvió. Emitió una risa cansina:

—No en balde le consideran no ya una lumbrera del foro, sino también un lince. Usted le enseñaría su oficio a Sherlock Holmes, pongo por caso. Mis jefes lo dicen. Usted sería un investigador sin igual…

—Cualquier tonto de pueblo, sabe distinguir el rumor de un papel estrujado, capitán.

—Era el pase. Verá, yo creí que a lo mejor… simplemente por curiosidad profesional, usted accedería a echarle un vistazo a la Lindsay.

—Mi curiosidad profesional no la excita la Lindsay, sino usted,

Milton. Traiga ese pase. Alíselo primero. No ría así, Carey. Parece una gárgola contenta porque diluvia. Le repito que no me interesa el caso Lindsay. Es su caso el que me interesa.

—¿Mi caso?

—Sí, el caso Milton Carey, el caso del honesto policía que dormiría mal pensando en su torpeza inexistente.

—¡Ahí está, ahí está! Dió en la diana, señor Compton. Ése es mi caso. ¡Demonios, qué listo es usted, caramba! Mire… Cuando usted tras ver cómo reacciona la Lindsay dice: «Es culpable»… ¡Dios, como respiraré!

—Me temo que usted me considera infalible como un axioma, Milton. Es halagadora y simpática su fe en mi capacidad. Simpática, porque en el caso Parker, creo que le califiqué a usted, tras pedir perdón a los mulos, de mulo terco.

—¡Es verdad! —rió, muy satisfecho, Carey—. Mary, mi mujer, que no se pierde una cuando declaro como testigo inicial, estuvo unos días muy ofendida con usted. Recortó el pasaje. Casi quería que yo viniera a darle un par de coces. Por fin acabó de entender que en el fondo era un elogio. Usted y yo luchamos por el castigo del delincuente, y la defensa del inocente. Además lo dijo usted muy finamente. ¡Oh, me lo sé de memoria! Dijo usted: «Pido excusas a los honorables híbridos reputados por su terquedad, y que son completamente ajenos e inocentes de la terquedad mular del investigador que detuvo a mi defendido». ¡Por eso mismo, Compton! Si soy un mulo terco, y a mucha honra… ¿estaría yo pidiéndole que le eche un vistazo psicológico a la Lindsay?

—Solicite en mi nombre, del abogado defensor de la Lindsay, el expediente. Dígale que es simplemente a título de eso que usted llama curiosidad profesional.

—¡Vuelvo al instante!

Un cuarto de hora después, desmenuzaba Compton el expediente. Tomaba alguna nota de vez en cuando. Las leyó, y rompiéndolas las tiró al cesto.

—Cuando usted quiera, capitán.

—¿Culpable?

—Me ratificaré después de la visita. Usted me esperará en el despacho del alcaide. A solas con la Lindsay, me concentraré mejor, no viéndole a usted rondar ansioso. No me interesa que uno de los

mejores investigadores del Estado, duerma intranquilo. Su sueño profundo y reparador, es garantía del sueño tranquilo de los ciudadanos honorables.

CAPÍTULO IV

Roger Compton, en el locutorio privado, paseaba con aire de aburrimiento. Era un fastidio que la perturbación moral de una mujer, perturbara el recto entendimiento de un buen ciudadano como lo era Carey.

Una celadora, abriendo la puerta de comunicación con los rastrillos, saludó:

—Buenos días, señor Compton. Me llamará cuando termine, señor Compton.

—Gracias, señora Smith.

Halagada de ser recordaba, e ignorando que la memoria era otro de los diarios ejercicios mentales del abogado, la celadora salió henchida de importancia.

—Siéntese, señorita Trevor. Me llamo Compton, y ejerzo la abogacía.

Mencionarla por su apellido de soltera, lo consideraba más adecuado.

Beatriz Trevor no tenía una belleza especial, pensó. Daba la impresión de una armoniosa estructura, donde cuerpo y mente estaban equilibrados.

Ella no se sentó.

—Ha debido confundirse, señor Compton. La celadora de turno me ha explicado detalladamente quién es usted. Un defensor famoso en la ciudad por su firme criterio de no defender inmoralidades sin paliativo. Yo no le he solicitado, señor Compton. No elegí defensor, y me han nombrado al de oficio.

—De acuerdo. Pero tiene usted un gran defensor en el capitán Carey. Es un policía honorable, y tiene dudas por lo que respeta su caso. Ha venido a consultarme amistosamente, y en su opinión hay

indicios de precipitación en el cierre y conclusión de su atestado. ¿Quiere sentarse, señorita Trevor?

—Perderá su tiempo, señor Compton. Tiene fama de sólo defender casos moralmente defendibles, y el mío no lo es.

—El capitán Carey es intachable moralmente, en todos los sentidos.

—¿Entonces, lo que le preocupa es la inquietud del capitán Carey?

Hablaba ella sin acritud. Serenamente. Su clara mirada no era desafiante ni humilde. Simplemente evocaba el madrigal «Ojos claros y serenos», meditó el abogado.

—Es usted inteligente, señorita Trevor.

—Es una de las acusaciones favoritas del capitán Carey.

—Admitiendo desde un principio su culpabilidad, se ha comportado usted originalmente. Hasta podría dar lugar a reservas mentales en el tribunal. Su abogado ha escrito marginalmente en el expediente, una nota hábil: «¿Por qué echó de la casa a los Seymour aquella noche? ¿Encubría con ello una visita? ¿Por qué se niega a explicar el móvil? ¿Iba a perder una situación reposada y una próxima herencia…?».



Tome nota del escalofriante cinismo.

—El defensor trata de cumplir su obligación.

—La extraña confabulación de contrastes, es lo que ha producido dudas en el capitán Carey. Por un lado, usted misma verifica todos los pasos preliminares, autoacusándose. Por otro, no siendo usted una deficiente mental, ¿por qué se niega a revelar su móvil? Esta serie de contradicciones será la tesis en que se apoyará

el defensor para sembrar una atmósfera de duda en el jurado.

—Pero no en el fiscal.

—Interesante su actitud, señorita Trevor. Parece como si en vez de ser usted la principal interesada en grave sentencia próxima, esté usted analizando un caso ajeno. ¿Qué tesis cree usted que sustentará el ministerio fiscal?

—Dirá sencillamente que yo misma creé esta confusión. Yo misma me acusé. Generalmente, quien envenena intenta no dejar rastros. Yo los dejé en abundancia. Me interrogó el capitán Carey, y no negué la evidencia. El capelán Carey insinuó como móvil, mi carácter arisco, reservado, y los treinta años de diferencia que me aparaban de Johnatan. Yo tenía que estar cansada de soportar los nervios de un hombre en el umbral de la vejez. Forzosamente, aquella noche alguien me visitó, puesto que di permiso a los Seymour. Seguramente, mi joven amante secreto. Era todo tan sórdido… que preferí asentir.

—La sordidez dimana del mal uso del arsénico en su caso, señorita Trevor, y no de las insinuaciones del capitán Carey.

—Si su visita obedece a estudiarme como un fenómeno psicológico, he de advertirle que he sido ya estudiada reiteradamente por diversos médicos.

—No soy médico. ¿Le molestaría contestarme a unas breves preguntas?

—No.

—¿Usted vertió en una taza de infusión el arsénico que compró?

—Sí.

—¿La llevó al despacho de su marido?

—Sí.

—¿Estuvo presente mientras la bebía?

—No.

—¿Reconoce que el veneno causó la muerte de Lindsay?

—Sí.

—¿Reconoce, pues, haber envenenado a su marido?

—Sí.

Roger Compton pronunció más lentamente la nueva pregunta:

—¿Reconoce haberlo envenenado, deliberada y premeditadamente?

Ella tardó sólo una fracción de segundo más en contentar:

—No.

—Lamento haberla importunado, señora Lindsay. Puede llamar a su celadora. Buenos días, señora Lindsay.

—Adiós, señor Compton.

—Permítame una rectificación. No es adiós, sino hasta la vista.

Ella no replicó. Abrió la puerta y desapareció del campo visual del abogado Compton, que no miraba a ningún sitio en particular. Evocaba unos «ojos claros y serenos» que por una fracción de segundo, parecieron alarmarlos, inquietos…

En el despacho del alcaide, esperó Milton Carey, humedeciéndose los labios, la sentencia del abogado Compton.

El criminalista que sólo defendía casos moralmente defendibles, dijo:

—Si mi colega nombrado por oficio, acepta, me hago cargo de la defensa del caso Lindsay, capitán.

—¡Aceptará entusiasmado! ¡Vaya…! ¿Como a mí, eh? No ve la cosa clara. ¡Se lo dije! —exclamó Carey, estrechando la diestra del abobado.

—Si tiene la bondad de devolverme mi mano, capitán Carey, podré firmar la constancia de mi visita. Gracias.

* * *

Compton solicitó y obtuvo un aplazamiento de la vista. Beatriz Lindsay fué informada de que por renuncia del abogado de oficio, era su abogado defensor Roger Compton.

No vió al abogado Compton hasta el mismo día de la sesión pública.

Entre los que ocupaban el banquillo de testigos, el más intrigado era el capitán Carey.

Pensaba en los prestidigitadores de clase, que de un dedal sacan un gallo cacareando.

¿Cuál era el «do de pecho» que preparaba el tenor de la defensa? Porgue habían transcurrido exactamente treinta y dos días desde que Compton asumiera la defensa del caso Lindsay, y pese a las insinuaciones en petición de detalles, hechas por Carey, el abogado se había limitado siempre a contestar lo mismo:

«—Secreto del sumario, amigo Carey».

Beatriz Lindsay, al ocupar el banquillo, se limitó a inclinar levemente la cabeza, mirando a Compton. Una mirada clara, tranquila.

Los preliminares de rigor tuvieron su curso normal. Se nombró la lista de testigos elegidos por el fiscal: el tendero Harriman, el matrimonio Seymour y el capitán Carey.

En el «clímax» vulgar de todo proceso intrigante, se creó el primer chispazo precursor de sorpresas, cuando el magistrado leyó la lista de testigos solicitados por la defensa.

No contenía más que un testigo: Beatriz Lindsay.

El fiscal dió a entender con su breve pero atinado interrogatorio a los testigos, que consideraba inútil hacer perder el tiempo al jurado.

AI dirigirse Compton al estrado destinado a los testigos, habiendo hasta entonces denegado su derecho a preguntar a los testigos citados por el fiscal, el silencio, como escribió después un periodista, «se hizo denso hasta la mortificación».

Roger Compton habló con su habitual estilo seco:

—Mi plena dedicación a la seriedad profesional, siempre me hizo rechazar la teatralidad. Pido excusas al señor presidente si suscito un efectismo al proclamar solemnemente que Beatriz Trevor es culpable.

La pausa que siguió, fue truncada por el rumor de carrerillas de periodistas hacia las cabinas telefónicas.

El presidente martilleó ritualmente la mesa. Y el voceador gritó, con la misma rutina:

—¡Silencio, silencio en la sala!

El presidente miró pon irritación a Compton:

—Llamo la atención a la defensa, considerando impropio de la invocada ejecutoria profesional este recurso histriónico, inadecuado y efectista. Pertenece al señor fiscal demostrar la culpabilidad.

—Y me pertenece la defensa de Beatriz Lindsay. Es también mi derecho acusar a un testigo de falsedad. Ésta es la razón por la que acuso de culpabilidad, por falsedad de testimonio, a la testigo Beatriz Trevor.

El fiscal comentó con acritud:

—La defensa ha declarado reiteradamente en otras causas, que aborrece los eufemismos. ¿Acaso no sabemos todos que la acusada

llevaba el apellido Trevor, de soltera?

—Admito por merecido el reproche de mi colega rival. Empleo un eufemismo al crear una distinción entre la soltera Trevor, y la acusada señora Lindsay. Es también un eufemismo llamar a un camino, sendero. Pero es muy distinto el sendero que conduce a la libertad, del camino que termina en la ejecución. Con la venia, procedo a requerir la presencia de la testigo Beatriz Trevor.

Antes de sentarse en el sillón destinado a los testigos interrogados, replicó ella a las preguntas de rigor, prestando juramento sobre la Biblia.

Compton no adoptó la actitud del interrogador. Se colocó de perfil, sin mirar a Beatriz Lindsay.

—La testigo se servirá contestar escuetamente con afirmación o negativa a mis preguntas. ¿Es cierto que la noche del trece de marzo del corriente año, concedió la testigo permiso al matrimonio Seymour para hacer uso de nueve a doce y media, de dos entradas para un espectáculo, entradas que la misma testigo compró?

—Sí.

—¿Es cierto que la testigo adquirió el trece de marzo del corriente año dos gramos de arsénico en el establecimiento sito a doscientos metros del domicilio en que residía la testigo?

—Sí.

—¿Es cierto que vertió el arsénico en una taza, minutos antes de las once de la noche del trece de marzo?

—Sí.

—¿Es cierto que a las once llevó la testigo la taza al despacho en que se hallaba Johnatan Lindsay?

—Sí.

—¿Es cierto que presenció cómo Johnatan Lindsay bebía la infusión que había de causarle la muerte casi inmediata?

—No.

—¿Dónde estaba la testigo? Queda relevada de contestar con monosílabos.

—Dejé la taza sobre la mesa, besé a Johnatan, y me fui a dormir.

Hizo una pausa Compton. El rumor audible evidenciaba en el público la repulsa que le suscitaba, la cínica declaración de la que con tanta serenidad confesaba haber besado al hombre que se disponía a envenenar, y haberse dirigido a la alcoba, donde fué

despertada por Janet Seymour.

Preguntó Compton:

—¿Desea el señor fiscal efectuar una pregunta esencial a la testigo?

—Renuncio. Hice las preguntas esenciales a la acusada, en la notificación preliminar.

—Menos una, estimado colega. Esencial, básica y terminante.

—Reconozco sin ironía, que la defensa puede aleccionarme. ¿Qué pregunta básica me olvidé, señor defensor?

—¿Existió premeditación en la actuación de la acusada Beatriz Lindsay?

—La dialéctica de la defensa solía ser antaño clara y rotunda. Hoy es nebulosa. La premeditación era inútil alegato. La acusada adquirió el veneno, se libró de testigos, y con cinismo escalofriante admitió haber entregado la taza con el veneno a su marido, reconociéndose autora de su muerte… ¿y pregunta el honorable señor defensor si hubo premeditación? ¡La evidencia de la premeditación resalta con la misma inmoral nitidez que el cinismo escalofriante de Beatriz Lindsay!

—Gracias, señor fiscal. La testigo contestará de nuevo con una afirmación o una negativa. ¿Premeditó Beatriz Lindsay envenenar a su marido?

—¡No!

Roger Compton miró al jurado.

—Ruego al honorable jurado tome nota del escalofriante cinismo con el cual la señora Lindsay niega haber premeditado dar muerte a su marido. Compra el arsénico, se libra de testigos, lleva la taza a su esposo, le besa, se va a dormir, y niega la premeditación… Perdón, pido perdón a la sala. Me olvidaba que estaba interrogando a una testigo llamada Beatriz Trevor. ¡Yo acuso a Beatriz Trevor de haber querido envenenar a un ser humano! ¡Proclamo inocente a la señora Lindsay del envenenamiento premeditado de Johnatan Lindsay!

El martillo presidencial adquirió un redoble impetuoso. El voceador en sus bramidos exigiendo silencio en la sala, se vió auxiliado por las cuerdas vocales de los ujieres.

Dos minutos que Roger Compton empleó en comprobar si su corbata, los gemelos de oro y nácar, y su cabello, se hallaban perfectamente a tono con su sobria prestancia.

La inculpada y testigo, en su sillón, se mantenía erguida, con un envaramiento que antes no tenía.

Cuando el presidente pudo ser oído, declaró:

—La vista seguirá a puerta cerrada, si la sala se presta al juego de la defensa. Hace once años que le admiraba, señor Compton. Hoy me ha causado usted una honda decepción. Acude a latiguillos exuberantes, perdonables en un novato. Pediré al Colegio de Abogados una sanción para usted si persiste en provocar reacciones con deslealtad, porque se apoya en un prestigio de bien ganada seriedad. Está llevando la defensa hábilmente, pero sin escrúpulos. Si consigue influir en el ánimo del jurado, convirtiendo en masa sólida, las pequeñas penumbras de duda hábilmente suscitadas por Beatriz Lindsay, tal vez pueda lograr un veredicto de inculpabilidad, pero usted será el juez de sí mismo. Tendrá que avergonzarse. No es tolerable emplear en defensa de la inculpada, su prestigio, señor Compton. Y esta recriminación de índole personal, la hago por su propio prestigio, señor Compton. Puede la defensa proseguir.

—Gracias, señor presidente. Existe constancia de que desde el mismo momento en que espontáneamente, sin ser requerido, me hice cargo de la defensa de la señora Lindsay, no me entrevisté con ella ni hubo el menor enlace por correspondencia entre acusada y defensa. Lo hice así, porque tuve la convicción moral de que ella no contestaría a determinadas preguntas, puesto que se consideraba autora sin premeditación de la muerte de Lindsay. Me es pues necesario provocar el adecuado ambiente, no en el ánimo del jurado, sino en el de la propia acusada y testigo. Si no consigo influir en el ánimo de la testigo, si no consigo de su señoría que se retracte de la opinión que justamente se ha formado por mis métodos no habituales en mi prestigio, prometo públicamente renunciar en lo sucesivo a ejercer. Y mi carrera es mi único amor, porque la he dedicado siempre a evitar que un delincuente pague por un delito que no quiso cometer. Prosigo con la testigo.

La nueva pausa fué «densa en su silencio hasta la mortificación» reiteró el periodista.

—La testigo ha jurado sobre la Biblia. La testigo afirma que Beatriz Lindsay no premeditó el envenenamiento de Johnatan Lindsay. Póngase en pie la testigo y mirando al jurado, conteste con afirmación o negativa a una sola pregunta: ¿Estaba Johnatan

Lindsay solo en su despacho a las once de la noche del trece de marzo?

Ella permaneció sentada. Denegó con la cabeza.

Roger Compton reiteró:

—Póngase en pie la testigo, y mirando al jurado, conteste con afirmación o negativa a una sola pregunta: ¿Estaba…?

—No había nadie más en el despacho de Johnatan. Y me niego a seguir en sus folletinescas deducciones al abogado Compton cuya actuación no solicité, y cuya teatralidad es improcedente.

—¡Cierto, cierto! Pido perdón a su señoría por quitarle la palabra. En este trágico teatro donde se juzgan las humanas debilidades, yo soy un actor que no puedo acompañar en el camino de la ejecución a la señora Lindsay. Pero hay un actor invisible. ¡La persona que no bebió la taza que le era destinada!

—¡Silencio en la sala! ¡No volveré a advertirlo! Prosiga la defensa.

—Diga la testigo. ¿Dónde reside su familia?

—En Londres.

—Gracias… Muy bien. La familia Trevor reside en Londres. ¿Por qué tiembla la testigo ante una mención tan inofensiva? Me limito a repetir su propia declaración. La familia Trevor reside en Londres. ¿Tiene la bondad la testigo de especificar los miembros vivos de su familia, residentes en Londres la noche del trece de marzo del corriente año?

—Mi madre, mi hermana Muriel y mi hermano Walter.

—Gracias. Pero estoy profundamente perplejo. Lo declaro sinceramente. El jurado puede apreciar cómo la testigo manifiesta una inquietud que califico de absurda. En el sumario consta que su familia residía en Londres, y allí se encontraba la noche del trece de marzo. Si la testigo se encuentra indispuesta, tiene derecho a pedir los servicios de…

Beatriz Lindsay miró al presidente.

—¿Puedo retirarme, señor?

—Si está indispuesta, la testigo puede permanecer donde está, y será requerido el adecuado servicio.

—La testigo tal vez mejorará instantáneamente, señores del jurado. No me miren a mí. Yo soy un actor sin escrúpulos, teatral, folletinesco… Miren a la testigo. Seguramente me estará acechando.

¿Por qué, señores del jurado? Yo soy un abogado defensor, y estoy tratando de atraer a la testigo a que nos declare si había alguien con Johnatan Lindsay en el despacho. No contestará la testigo si le pregunto si preparó dos tazas. Pero pidiendo perdón a la testigo por volverle la espalda, pregunto: ¿se atreverá a negar que pretendió envenenar a otra persona, si yo mismo, cito ante nosotros…? ¡Reclamo la presencia inmediata de Willy Lombard!

El truco teatral corrió esta vez a cargo de Beatriz Lindsay. No se desmayó.

Cogiéndose el rostro, apretadas las manos, sollozó sin ruido. Sólo sus hombros revelaban lo que las manos encubrían.

—¡Silencio en la sala! ¿Insinúa el honorable defensor que tiene pruebas fehacientes de que la procesada pretendió envenenar a un hombre llamado Willy Lombard y que por error…? ¡Orden, orden en la sala! Se seguirá a puerta cerrada, si persiste la alteración… ¡Ujier! ¡Llame al testigo Willy Lombard, nombrado por la defensa!

—¡Willy Lombard, Willy Lombard! —voceó, abriendo la puerta, el ujier.

Convulsa, en pie, apartando las manos de su rostro bañado en lágrimas, gritó Beatriz Lindsay:

—¡Maldigo con toda mi alma al canalla…!

No pudo proseguir, porque frenética, convertida en una humana fierecilla, intentó abalanzarse hacia el hombre que aparecía en el umbral de la sala, al extremo del largo corredor.

Fué retenida por dos policías. Gritó:

—¡Si hay piedad, no me obliguéis a ver ante mí al culpable de que Johnatan…!

Se truncó su voz en sollozos. Roger Compton intervino:

—Solicito de su señoría, posponga la comparecencia del testigo Willy Lombard, que permanecerá al exterior, custodiado debidamente, como hasta ahora.

—Sea —ordenó, secamente, el presidente.

El que había hecho una breve aparición, se retiró ante el desencanto de muchos.

—Ruego a la señora Lindsay se sirva perdonarme el truco teatral al que me obligó. Llévenla al banquillo. Si le causa horror la sola visión de Willy Lombard, la sala puede posponer la presencia de Willy Lombard, que después ratificará cuanto ahora, exijo declare

voluntariamente la señora Lindsay. La señora Lindsay estaba dispuesta a ser ejecutada, puesto que materialmente envenenó a su marido. Que el veneno fuera destinado a un hombre que era un peligro constante para su marido, no cambiaba para ella, el remordimiento por el trágico error. Ayudaré a la señora Lindsay. ¿Se encuentra dispuesta a contestar sinceramente mis preguntas, señora Lindsay? Le advierto eme en el caso contrario, reclamaré la presencia de Willy…

—¡No! Contestaré…

—¿Preparó dos tazas?

—Sí.

—¿Estaba Willy Lombard en el despacho de Lindsay?

—Sí.

—¿El entero nombre de Willy Lombard, es William Lombard Trevor?

—Sí.

—¿Fué antaño prometido de Beatriz Trevor su primo, señora Lindsay?

—Sí.

—¿En qué se diferenciaba la taza conteniendo veneno de la destinada a su esposo?

—Lombard exigía tomar lo mismo que Johnatan, pero en una taza sin asa. Decía que su costumbre era, antes de calentarse el estómago, calentarse las manos.

—¿Iba con frecuencia a visitar a su esposo?

—Salía las noches de permiso de los Seymour. Pero venía solo una vez cada tres o cuatro meses. El trece de marzo telefoneó, exigiendo ser recibido aquella misma noche de diez a once y media.

—¿Qué derechos tenía para exigir?

—El origen de la fortuna de mi esposo, fué el tráfico en drogas. Willy Lombard lo averiguó.

—Chantaje. Concuerda con ciertas cantidades extraídas por el señor Lindsay. He terminado mi interrogatorio. Cedo la palabra al señor fiscal.

El fiscal se levantó. Extendió un índice acusador:

—El testimonio aportado por la defensa, exime a la acusada de la intención de causar la muerte de Johnatan Lindsay. ¡Admitido! Pero ¿ha muerto o no Johnatan Lindsay? ¿Hubo o no intención de

matar a un ser humano en la procesada?

—¡Pido la palabra! Es ya origen de un nuevo expediente la acusación a que se anticipa mi colega rival. ¡Pido la reglamentaria revisión de la presente causa, y el inicio de la adecuada contra Beatriz Trevor, que defendía el derecho a vivir en paz del señor Lindsay! Estamos juzgando a la señora Lindsay. ¿Es inocente o es culpable de haber premeditado la muerte accidental de Lindsay? Ésta es la presunta a la que el honorable jurado, según su conciencia, ha de contestar «sí o no». Y ante Dios proclamo que en mi conciencia existe la negativa rotunda. ¡La señora Lindsay no miso matar a su esposo!

—¡El jurado deliberará! ¡Despejen la sala! ¡Orden orden!

Beatriz Lindsay, escoltada por un policía y una celadora, pasó al cuarto de custodia. En el despacho, reunidos presidente, fiscal y defensa, masculló el fiscal:

—Pudo empezar por traer al testigo. Compton. Este Willy Lombard que ha hecho salir de sus reticencias a Beatriz Lindsay, le hubiera evitado a usted mucha peroración. Le felicito, no obstante. Ahora, tendremos que sentar un precedente. ¿La esposa que pretende defender la paz de sus viejos días a un granuja que traficó en drogas, tiene derecho a envenenar al chantajista?

—Esto es incumbencia de la defensa que se haga cargo de la nueva causa, mi estimado amigo.

—¡Con lo cuál reconoce que es inmoral la actitud…!

—No. Ella defendía… En fin, ¿no le parece amigo mío que hemos trabajado lo suficiente hoy?

—Insisto en mi reproche. Compton. Si cita desde un principio a Willy Lombard, me hubiera evitado llamarle la atención. Bien, avise a los escoltas que traigan a Willy Lombard.

—Hay un pequeño inconveniente, señor.

—¿Cuál?

—Willy Lombard fue identificado en el cadáver extraído del Támesis el día doce del corriente mes de abril.

CAPÍTULO V

El presidente bebió a sorbos un vaso de agua. Prefería cuidar su tensión arterial, no dejándose llevar por la irritación.

El fiscal se cruzó de brazos. Rió:

—Tarde, pero aprovechadamente, se ha lanzado usted a la acumulación de efectismos teatrales, Compton.

—He explicado la razón. Si ella supiera que su primo ha muerto, hubiera seguido callando. La misma agencia detectivesca, que desde Londres me facilitó la noticia de la muerte de Willy Lombard, y otros detalles anteriores, me envió sus fotografías. El hombre que provocó la esperada reacción en Beatriz Lindsay, no es su primo Willy. Es un actor… Sí, éste sí que es un actor. Adecuadamente ataviado deportivamente, y británico. Como no está citado reglamentariamente, la sala puede dictar sentencia sin el requisito legal de la aparición de un testigo, que se ahogó en Londres, accidentalmente, embriagado. Un solemne granuja el tal Willy Lombard.

—¿Cómo tuvo indicios de todo esto, Compton?

—¿Por qué necesitaba ella estar a solas para envenenar? De ahí arrancó mi investigación, y fui más afortunado que el capitán Carey. En el pasado de ella, había un prometido, Willy Lombard, su primo. Un hombre que efectuaba viajes a Nueva York, en avión. Cada dos o tres meses. No trabajaba y vivía de rentas, sin capital. Me interesé vivamente por Willy Lombard. En una floristería del aeródromo conocían a Willy Lombard. Compraba siempre, apenas apeado del avión londinense, la misma flor. Un tallo de nardos. Privadamente, hablé con el jardinero Seymour. Aludí a que me gustaban las violetas y detestaba ciertas flores, como por ejemplo los nardos. Me contestó que siempre que un muchacho de una

agencia mensajera traía una cajita, en cuyo interior se transparentaba por la tapadera de celofana, un tallo de nardos y un sobrecito, los nardos iban a parar al cesto de basura. El señor Lindsay había comentado que era una broma de un amigo suyo, que sabía que él también execraba el aroma dulzón de los nardos.

—Dedujo usted que era el medio del que se valía Lombard para avisar que venía en busca de dinero.

—Exacto. En el sobrecito se indicaría, seguramente, la cantidad que exigía.

Un ujier avisó que el jurado había ya terminado sus deliberaciones.

La sentencia fué:

«Culpable de homicidio involuntario».

Excluía la formación de nueva causa, cuando el Supremo fuera informado de la muerte de Willy Lombard.

La prensa publicó en grandes titulares el éxito como investigador del defensor Compton, que había obtenido para Beatriz Lindsay una exigua condena: dos años de prisión menor.

El capitán Carey no se cansó de proclamar que Roger Compton era formidable.

Las deducciones, todo el aficionado a deducir las sacó. Lo más seguro era que el cambio de tazas pudo ser originado por un imponderable, que sólo podían explicar Johnatan Lindsay o Willy Lombard.

Al quedarse rígido, muerto Johnatan Lindsay, el chantajista adivinó el trágico error. Se llevó la taza sin veneno, haciendo desaparecer toda huella de su estancia en el despacho.

¿Por qué Beatriz Lindsay no había empleado otro medio para matar a su primo? Alegó que Willy Lombard era desconfiado, y que aterrorizaba por sádica complacencia a Lindsay.

Roger Compton no fue a visitar a su defendida. Prosiguió su vida normal. Se enteró por la Prensa de que el número 153 de la penitenciaría femenina de Marionville, había sido indultada a los ocho meses de cumplir condena.

A su salida, Beatriz Trevor se vió asaltada por los periodistas, con afán de reportaje. Contestó con monosílabos.

Sólo se extendió en una respuesta. Uno de los periodistas,

inquirió:

—¿Por qué permaneció en su alcoba, y no bajó al despacho? ¿No le extrañó la tardanza en subir de su esposo?

—Supuse que Johnatan comprendería que habiendo yo misma terminado con la vileza de mi primo, a él le correspondía decidir, si debía avisar a la policía o ser mi cómplice. Un dilema que dejé a su libre elección.

—Es usted muy firme de carácter, señora Lindsay.

—Beatriz Trevor si le es igual, señor. Adiós.

Roger Compton releyó varias veces el reportaje. Lo recortó, y meticulosamente engomado por las esquinas en una cartulina, lo guardó en una carpeta que llevaba la mención:

«Estrictamente personal».

Al día siguiente, la secretaria anunció:

—La señorita Trevor desea ser recibida.

—Que pase.

En pie, Roser Compton volvió a ser observado por la clara mirada.

—Celebro verla, señora Lindsay. Siéntese. ¿En qué puedo servirla?

—Su frialdad contrasta con su ardiente defensa, Compton. Es usted desconcertante. En realidad, mi único amigo.

—Gracias. ¿A qué debo el placer de su visita?

—Lo mínimo que podía hacer para mi único amigo. Usted me defendió, cuando todos me acusaban.

—No olvide al capitán Carey.

—Me han dicho que sus honorarios son crecidos, Roger. ¿Sería ofenderle, preguntarle cuánto le debo?

—Tengo la nota de gastos ocasionados por la investigación en Londres, y la mía personal en Nueva York. El actor que interpretó al difunto Lombard, se contentó con la propaganda que ello le representó. Me debe pues exactamente, mil setecientos dólares con veinte centavos.

—Su cifra de honorarios, dicen que la fija usted de acuerdo con la fortuna del cliente.

—Me enteré de que en el litigio sobre si era legal que entrara usted en posesión de su herencia, ganó la partida el abobado Jack

Duncan.

—Era inmoral. No podía acudir a usted, Roger.

—Gracias. Me considero pagado con esta declaración. ¿Admite la inmoralidad de seguir gozando unos bienes mal adquiridos?

—El abogado Duncan que no solicité, me convenció.

—Duncan es un águila, aunque de vuelo raso. ¿Es indiscreción preguntarle cuánto le fijó como honorarios?

—El diez por ciento de lo que obtuviera. Ha ganado pues, treinta y dos mil dólares, pues incluía también la casa. Le firmaré el cheque por valor de mil setecientos dólares con veinte centavos. Me siento un poco molesta. Roger.

—Ignoro el motivo.

—Usted, seguramente, tendrá mal concepto de mí.

—Es usted joven, y es natural que entre en posesión de unos bienes que legalmente le han sido otorgados.

—Pero seguiré siendo para usted la inmoral señora Lindsay.

—¿En tanto justiprecia mi personal opinión?

—En tanto… que si lo estima justo… estoy dispuesta a ceder la totalidad de lo heredado a cualquier institución benéfica.

Sonrió Compton, brillantes los ojos.

—Es usted un enigma, señora Lindsay. Si para defender el bienestar de su esposo, no titubeó en la intención de matar a Lombard, ¿va a desprenderse ahora de la fortuna de Lindsay?

Ella no contestó. Había cogido una tarjeta de su bolso, y escribió en ella unas palabras. Sopló sobre la tinta, y dijo:

—No me fue preguntado lo que contenía el sobrecito que acompasaba el tallo de nardos. Siempre la misma frase. Willy era un canalla. Se complacía en llamar cobarde a Johnatan. Aseguraba que un día le heredaría.

Tendió la tarjeta, añadiendo:

—Ésta era la única frase con la que repetidamente anunciaba Willy su visita en petición de dinero.

Leyó, en voz alta, Compton:

«NARDOS PARA TU VIUDA».

—Pido perdón, Beatriz. Ahora lo comprendo todo. Usted defendió la vida y la hacienda de su marido. Creímos que el sobrecito contenía la cifra que pedía Lombard, para que así su

marido fuera al banco a retirarla de su cuenta corriente.

—La cifra constaba bajo las cuatro palabras injuriosas. Para él y para mí.

—¿No quiso usted a su primo?

—Mucho, hasta que descubrí su verdadero fondo.

—¿Por qué se casó con Johnatan Lindsay?

—Era bueno, y me ofrecía bienestar. El mismo sabía que yo acababa de sufrir el desengaño con Willy. Era un hombre bueno, y si en su pasado había un delito, lo rescató no persistiendo.

—O fué lo bastante listo para no reincidir. ¿Tiene usted algún compromiso esta noche para cenar, Beatriz?

—Con usted. Gracias, Roger. Estaba ansiando oírle algo que demostrara que somos amigos.

—Muy diversos son los caminos de la Providencia, Beatriz. ¿Esta noche a las ocho, paso a recogerla, y cenamos en el «Morocco»?

—¿Por qué no en mi casa?

—Gracias. Estaré sin falta a la hora que usted me indique, en Queens.

—¿Cómo sabe que no he cambiado de dirección?

—No es propio de su carácter demostrar con un cambio de domicilio, una vergüenza que no tiene por qué sentir. Al contrario, es usted valiente, y sabrá afrontar con clara mirada los cuchicheos y opiniones maliciosas.

—¿Y usted?

—Es un orgullo para mí disfrutar de la amistad de una dama que mató por error, pero que defendía lo que Johnatan Lindsay no supo defender como hombre. Cualquier jurado habría absuelto a Lindsay, si hubiese matado a tiros o a puñetazos al canalla.

—Olvida que hubiera tenido que mencionarse el origen de su fortuna. En fin, esta noche y cuantas noches quiera, trataré de comportarme a la altura de su valiosa amistad.

Los periódicos comentaron tres meses después de la salida de Beatriz Lindsay de la penitenciaría de Marionville, su boda con el abogado Roger Compton.

Iban a pasar la luna de miel a Inglaterra, y se rumoreaba que Compton estaba fanáticamente enamorado de la viuda de Johnatan Lindsay.

CAPÍTULO VI

La rectitud, la seria aceptación de que el vivir exige acomodarse a los convencionalismos, caracterizaba a la familia Trevor.

No residían en el mismo Londres, sino en el tranquilo barrio al sur del Támesis, Richmond. El señor Trevor, era metódico como un reloj, declaraba con orgullo Sarah Trevor. Durante toda su existencia, salvo los sábados por la tarde y domingos, había realizado dos viajes a la City, donde tenía bufete de asesor comercial.

A su muerte, no había dejado fortuna, pero sí la renta de un seguro, que permitía a Sarah Trevor y su hija Muriel seguir ocupando en propiedad la casita de Richmond.

En cuanto a Walter Trevor, había elegido la carrera de marino mercante, y solía estar la mayor parte del año por otras latitudes. Su barco anclaba unas tres veces por año, en Londres.

Muriel Trevor no poseía la irradiación de su hermana menor. Era angulosa, correcta y fríamente decidida.

La presentación del abogado Compton se realizó con soltura, sin cohibidas actitudes. Se interesó Sarah Trevor mucho por las costumbres neoyorkinas, y en el transcurso de la tarde, manifestó su opinión de que el nuevo matrimonio tendría el tiempo medido para conocer las bellezas de Inglaterra.

En el coche «Mercury», matrícula neoyorkina, propiedad de Compton, y enviado con antelación, mientras conducía el abogado hacia el hotel londinense, dijo Beatriz:

—Nuestra perfecta unión, se fundamenta has dicho, en que entre los dos no existen reticencias. Era de elemental cortesía visitar a tu suegra y cuñada, Roger. Espero tu informe.

La sonrisa femenina no podía encubrir cierta ansiedad.

Roger Compton, impasible, replicó:

—Es favorable a la meditación esta costumbre inglesa de rodar por la izquierda. Hace que uno preste mucha atención a no rebasar la prudente velocidad. Podemos pues enfocar tu problema familiar. No ignoras, que cuando pedí los servicios de la agencia Claydon, conocí por escrito a tu familia, descrita excelentemente por tal agencia. Tu madre y hermana te quieren, pero consideraron insultante, que aceptaras la demanda en matrimonio de Johnatan Lindsay. Todavía no te lo han perdonado. Han sido muy amables, al no citar la causa de nuestra unión. El tiempo todo lo difumina, Beatriz.

—No me han perdonado. No han querido comprender que yo no actúe con deslealtad hacia Johnatan, puesto que él mismo convino en que era imponible que le amase en el sentido usual dado a este término. Pero prometí quererle, atenderle, y ser una esposa obediente. El mismo reconoció que pedía una compañera para sus viejos días.

—Y tu hermano Walter, el marino jovial, es el único de la familia Trevor que consideró la lealtad de tu proceder. Opina la agencia Claydon que si tu padre hubiera vivido, cuando Johnatan Lindsay fué a pedir tu mano, correcta y británicamente, él no se hubiera manifestado hostil a tu decisión, puesto que era comprensivo.

—¿Sabes que cada día te quiero más, Roger? Lo creía imposible.

—¿Quererme?

—Quererte más.

—Es una declaración que nunca me satisface lo bastante, porque aspiro a ser para ti el inquilino de las veinticuatro horas consecutivas del día en tu mente, en tu corazón, y para siempre.

Una pareja magnífica, opinaba el personal del hotel de Chelsea, donde se alojaba el matrimonio.

Y él sabía respetar las costumbres inglesas, cenando de etiqueta. No era un americano vulgar. Sabía elegir un menú, y no daba propinas escandalosas. Era comedido, poco exuberante y dotado de la difícil cualidad de ser humorista sin exceso. Podía haber sido un *gentleman,* de no haber nacido en Manhattan.

A diario realizaban excursiones por los alrededores, y por las noches, acudían a los espectáculos selectos. Un mismo espíritu de

elegancia parecía afianzar aún más a ambos.

Hasta que en una mañana a mediados de marzo terminando Beatriz Compton de desayunar, y consultando Compton el plano de Middlesex, para concretar la excursión, llamaron a la puerta.

Una doncella llevaba un envoltorio, oblongo, cuyo papel satinado, era cruzado por el bramante negro.

—Han traído esto para el señor.

—Gracias. Déjalo aquí mismo.

Se retiró la doncella. Comentó Beatriz:

—¿Es alguna compra tuya, Roger?

—No.

—A lo mejor, alguna admiradora.

—Es posible. Sé buena, y entrégame el contenido. Pueden ser unos calcetines de golf o unas corbatas.

Ella cortó el bramante, separó el papel, y permaneció un instante absorta. Consultando el mapa, apremió él:

—¿Y bien, Beatriz?

—Es… de muy mal gusto. Es indecoroso…

Se aproximó Compton. Quitando el papel, veíase una caja de florista. Alargada, con tapadera de celofana, transparentaba unas varas de nardo…

Roger Compton alzó la tapadera, cogió el sobrecito, rasgándolo con meticulosidad.

—Realmente es poco gracioso.

—¡Debe… debe ser esta tonta de Muriel! —musitó ella.

Roger Compton tendió la tarjeta. Dijo:

—La persona remitente, tiene la atención de recordarnos que hoy es el trece de marzo. No tengo por costumbre ser primitivo en mis deseos, porque consigo reprimirlos, pero es indudable que cuando averigüe quién es el remitente, tendré que hacer un gran esfuerzo para no comportarme como un energúmeno.

Ella soltó la tarjeta como si quemara. Era una cartulina en blanco, porque no llevaba impreso nombre ni dirección.

Contenía en cifras romanas la fecha en curso.

Y unas mayúsculas matemáticamente trazadas, decían:

«Nardos Para tú Viuda».

—Roger… Es infame…

—Procura serenarte, Beatriz. La cajita lleva en su borde inferior un anagrama. No será difícil dar con la florista. Iremos a inquirir. No debes estar tan indignada, porque puedes confiar en mi absoluta incapacidad de aceptar humorismos de esta índole.

El anagrama estaba en el Anuario de Comercio, pertenecía a los establecimientos «Dígalo con flores». Telefónicamente requeridos, el tercero de ellos, sito en Lambeth, admitió que a las ocho y media de la mañana, apenas abierto el establecimiento, un cliente compró una vara de nardos que hizo remitir al Hotel de Chelsea.

No podían dar más informes por teléfono. Y se dirigieron a la floristería.

El gerente, tras rápida ojeada, quedó complacido. Aquella pareja era digna de su establecimiento. Informó:

—No atendí al cliente. Pero apenas me telefonearon, consulté a la vendedora. Recuerda perfectamente al cliente que adquirió la vara de nardos, incluyendo un sobre, para que lo remitiéramos urgentemente al señor Roger Compton, hospedado en «King's Arms» de Chelsea. Haga el favor, Joan. Concrete la personalidad del adquiriente por quien pregunta el señor Compton.

La vendedora tenía una precisión de máquina «Leika»:

—Un caballero de unos treinta años, aproximadamente como el señor. Rubio, de ojos pardos, manos muy cuidadas, fuerte. Vestía, de gris, con un abrigo deportivo, y sombrero «Stenton» de alas levantadas. Llevaba bastón-paraguas. No me dió sus nombres, ni era mi obligación pedírselos.

—Gracias, eso es todo, Joan. Puede retirarse. Seguramente, los señores habrán reconocido al caballero.

—En efecto, y muchas gracias. Buenos días.

La mañana desapacible, podía justificar los escalofríos de Beatriz Compton, que en el interior del «Mercury» apretó contra sus mejillas el cuello de pieles de su abrigo, pese a la calefacción interior.

—¿Has oído… la descripción, Roger?

—Perfectamente, y queda excluida tu hermana Muriel. A menos que emplease un amigo…

—Rubio, ojos pardos, alto, fuerte, manos muy cuidadas… ¡así era Willy!

—Por favor, por favor. Abundan los hombres con esas características. No puedes olvidar que la agencia Claydon es una de las más eficientes y responsables de Londres. Es agencia adscrita al *Scotland*. Ellos me informaron el doce de abril del año pasado, que había sido identificado Willy Lombard en el cadáver del ahogado extraído del Támesis.

—¡Roger! Willy era capaz de todo…

—No lo dudo, pero no tenía facultades para fingirse ahogado sobre una mesa de forense. Será preferible dejar este enojoso asunto, Beatriz.

—No… Ya no estaría tranquila hasta averiguar… ¿Querrías ser tan bueno como para satisfacer una petición absurda, Roger?

—Nunca has sido absurda.

—Déjame ir contigo a la agencia Claydon, y comprobar…

—Te comprendo, y no es absurdo. Vamos allá.

La agencia Claydon tenía el aspecto de una oficina de clásicos chupatintas esperando la hora de salir En el despacho donde fueron introducidos, se respiraba el mismo ambiente de aburrida conformidad.

Pero el individuo que sostenía entre sus dedos la tarjeta de Roger Compton, poseía un rostro netamente enérgico.

—Encantado de conocerla, señora Compton, Como no ignorará, su marido nos ha honrado frecuentemente con sus consultas. Y nosotros también hemos acudido a su maestría profesional… Celebro tenerle en persona ante mí, señor Compton.

—Lo mismo digo, señor Clayton. ¿Conserva usted toda nuestra correspondencia?

—Archivada por años.

—La referente al mes de abril del año pasado, ¿podría consultarla?

—Inmediatamente.

Se levantó Clayton, nieto del fundador de la agencia, y de un estante, extrajo un archivador.

—Lo referente a un individuo llamado Willy Lombard Trevor.

—¿Willy Lombard Trevor…? En la pestaña fechada doce de abril, están estos nombres. Veamos… Una notificación obtenida por nuestro agente Burford, nos hace terminar las pesquisas por usted ordenada. Copia del informe legal, escrito por el forense de la

Brigada Fluvial, sección Limehouse. Muerte accidental de Lombard, por inmersión prolongada, al caer al río, procedente de un «*pub*» de la rivera, donde ingirió ginebra en exceso. La identificación fue sencilla. Testificó el dueño del «*pub*», una pareja amartelada, que vió resbalar a Lombard, y los peritos de identificación Parsons y Hewit. Le remitimos copia el trece de abril, por avión.

—Gracias, señor Claydon. No abusamos más de su tiempo. ¿Deseas algo, Beatriz?

—Una copia de este informe referente a Lombard.

—Al instante mismo, señora Compton. Poseemos por partida doble todo lo archivado, Espero, señora, que tendrá la amabilidad de recordar a su esposo, al que admiro, que si me concede unas horas antes de regresar a Nueva York, estaré orgulloso de poder charlar un poco con el prestigioso hombre de leyes.

En el «Mercury», ella susurró:

—Será ridículo, pero tengo miedo, Roger. Es amenazador… el envío de esta mañana.

—Alguien, envidioso de mi suerte, quiere amargarnos. No debe conseguirlo.

—Estaría más tranquila, si comprobásemos la imposibilidad de un error.

—Hiciste bien en no apuntar esta posibilidad delante de Claydon. Lo hubiera considerado una ofensa imperdonable a sesenta años dedicados a no archivar un caso, sin la convicción plena.

—Quisiera saber si es posible que tú, hábilmente, interrogues a los peritos de identificación.

—Como quieras. Basta ir a Limehouse, provistos de un permiso oficial. No suelen responder a preguntas no oficiales.

—El detective Burford llevó la investigación, Roger.

—Nos pondremos en contacto con él, si quieres.

—Lo tomas tan fríamente, querido… que hasta me avergüenzo de mis dudas.

—Persisto en que se trata de una mezquindad. No es preciso acusar a Muriel. Cualquier solterona avinagrada, habiendo leído la Prensa americana del trece de marzo del año pasado, y la de la sentencia, y sus posteriores…

—¡No! ¡Es imposible!

—¿Por qué?

—Sólo cuatro personas sabíamos el contenido de las tarjetas enviadas con los nardos a Johnatan. Él, yo, Willy… y tú. ¡Es horrible, pero tengo la convicción de que Lombard vive!…

—Hubiera dado señales de su mísera existencia, antes.

—¡Tenemos que salir de dudas!

—Para mí, no hay duda. Ni tú ni yo tenemos mal gusto, y Johnatan murió.

—¡Me das la razón! Willy vive…

—No, querida. Willy pudo comentar con algún amigo de su calaña, lo que suponía muestra de ingenio, al anunciar a un hombre con vida, que pronto su esposa se quedaría viuda.

—Entonces… sí, es posible, es verdad; es lo más lógico…

—Comprenderás que ha cesado toda razón de chantaje. No soy Johnatan, que temía se viera descubierto el origen de su fortuna. Dejemos esto, y vamos a Elwish, donde almorzaremos en la misma hostería que se honró hospedando a Buckingham.

—No podría ser buena compañera de excursión, Roger. Me ha producido mucha amargura… Es como si alguien malintencionado removiera el pasado. Te lo suplico, Roger. Citemos a Burford, y él podrá decirnos quiénes eran los amigos íntimos de Willy.

—¿A qué remover cenizas? Volvamos a Nueva York, si estás a disgusto.

—Iré yo misma a ver a Burford, si no te agrada. Dame tu autorización.

—Bien. Iremos a ver a Burford. Pediré su dirección a Claydon. Me habías jurado que el pasado estaba muerto, Beatriz.

—Nunca muere, y lo sabemos. Quien envió la tarjeta, ha de saber que tú no eres Johnatan.

—Lo sabe. Yo soy Roger Compton.

CAPÍTULO VII

Percy Burford se presentó a las doce. Tenía aspecto de contable envejecido sobre libros, y sus galas y patillas blancas, le hacían aceptar con fingida modestia el apodo de «Mister Reeder», el detective cazurro creado por Edgar Wallace.

—Por teléfono ya le indiqué mi deseo, Burford. Tengo la seguridad de que un amigo íntimo de Willy Lombard intenta molestarme. Usted se ocupó durante cerca de quince días de Willy Lombard. Le agradecería me informara si posee medios para recordar o encontrar a un hombre rubio, de ojos pardos, fuerte, de unos treinta años, que fué gran amigo de Willy Lombard.

Estaba Compton a solas en el salón de la «*suite*» del hotel. Pero la puerta entreabierta, comunicando con la alcoba, permitía a Beatriz oír.

Burford se rascó con el mango del bastón-paraguas, la patilla izquierda. Su voz era grave.

—La descripción que me da, corresponde exactamente a Willy Lombard en cuatro puntos: color cabellos, color ojos, edad y anatomía. He estado consultando mi libreta por el camino. Tengo la costumbre de escribir mis opiniones. A veces, consumo en un mes, una docena de libretas. Ésta es la correspondiente al mes de abril del año pasado, a partir del once hasta el veintisiete. La muerte de Willy Lombard me hizo conocer ciertos círculos, y detener casualmente a un fugitivo de un penal australiano. Mi memoria flaquea, pero no recuerdo a ningún amigo de Lombard, con las señas por usted descritas, señor Cometón. No me consentiré hacer comentarios, puesto que se le reconoce a usted una gran capacidad deductiva. No tengo el menor inconveniente en dejarle en depósito esta libreta, para todo el tiempo que la precise. En ella, hallará todo

lo referente a Lombard, desde que inicié su búsqueda, hasta encontrarlo en el depósito de cadáveres, y las posteriores indagaciones que me condujeron a la captura de un australiano.

—Muy agradecido, Burford. No le ofenda esta compensación de su tiempo perdido.

—Gracias, señor Compton. Anotaré cuidadosamente en mi libreta en curso, el honor de haberle conocido, y su amable remuneración. A su servicio, señor Compton.

Las anotaciones hechas por el detective Burford presentaban a Willy Lombard como un ejemplar clásico de noctámbulo, bebedor, mujeriego y amante de frecuentar antros de todas clases.

Las investigaciones posteriores al accidente, concretaban que Willy Lombard, tenía muchos conocidos, sin intimidad. Las notas se convertían ya en alusivas a un peligroso australiano.

Pero un nombre resaltaba con referencia a Lombard. Había sido visto con intermitencias a veces de meses, en compañía de Gipsy Kentbury. La anotación de puño y letra de Burford, decía:

> «Gipsy tenía de Lombard la opinión general. Un jovenzuelo rico, aficionado al pintoresquismo barriobajero. Gipsy posee innegables cualidades para ser la reina del barrio chino de Limehouse».

—Esta mujer conoció bien a Lombard. Es todo lo que puede sonsacarse, aparte la innegable realidad de la muerte de Lombard. Si te ha de tranquilizar, iré a hablar con Gipsy.

—El barrio chino de Limehouse es sórdido, Roger.

—Lo supongo.

—Tu presencia entrañaría peligro.

—Donde iba un jovenzuelo adicionado al pintoresquismo, puedo yo transitar. Además, por curiosidad profesional, tengo interés en conocer Limehouse. Esta tarde empezaré mi estudio de las costumbres típicas de Limehouse.

—Me arrepiento de haber sido tan estúpida, Roger. Déjalo; no vayas a Limehouse. Es un lugar peligroso.

—Me ofende tu falta de fe en mis dotes aventureras. He recorrido los peores antros de Bronx.

Bronx era todavía un terreno yermo, cuando Limehouse poseía siglos de maldad.

—Nada es por completo detestablemente malo.

—No vayas, Roger. Me intranquilizaría tu ausencia.

—Me acompañará Burford, como guía. Deseo tan sólo encontrar el autor del envío de éste… Por cierto. ¿Dónde pusiste el tallo de nardos? Olía bien.

—Los he tirado. Era… desagradable. Veo que no podré quitarte el propósito de visitar Limehouse. Yendo con Burford, quedo más tranquila.

—¿Siguen desvalijando a los turistas? Hablemos de otra cosa. De la excursión que haremos mañana. Estoy de vacaciones, y debo aprovecharlas.

Eran las cuatro de la tarde, cuando el detective Burford se reunió con Compton en el salón de té de la Comercial Road, distante unos cien metros de la West India que daba acceso a Limehouse.

—Si no he entendido mal, se propone usted realizar una pequeña investigación por Limehouse, señor Compton. Y desea que yo le de una opinión concisa sobre su barrio chino. La policía no ignora que es en el barrio chino de Limehouse, donde funciona la organización de las atracciones intituladas paraísos artificiales. Toda clase de drogas circula clandestinamente, con ingenio digno de mejor causa. Hay casas en las que la admisión es más difícil que conseguirla en uno de los más selectos círculos de Mayfair. Es terreno prohibido a la gente decente. Ahora bien, hay infinidad de «*pubs*», donde el visitante disfruta de suficiente novedad. Usted no busca fáciles emociones, señor Compton, me consta.

—Quisiera ganarme la confianza de una dama barriobajera, llamada Gipsy Kentbury.

El mango del paraguas ascendió hasta hurgar la patilla blanca y rizosa.

—Usted es una eminencia, y posiblemente podría circular por el infierno sin chamuscarse. En el tabernucho de Charlie Brown, paraíso de marineros, en una pared hay un verso. Bien, ellos lo consideran como tal. Lo escribió un piloto, dice que con su sangre. La realidad es que se sirvió de un pincel embadurnado en minio. No recuerdo exactamente la estrofa, pero dice más o menos: «Su rostro

es la bella flor del mal. Destila su boca la sangre de sus novios muertos. Es tan intensa, que todo vibra a su contacto. Ella es así, amigos. Hija de la Medusa y del infernal Sade, tiene calidez de galerna y frescor de brisa. Ella es así, amigos. Es Gipsy».

—¿Una vampiresa para escalas de marineros?

—Es inquieta y morirá como busca, de mal fin.

—Ignoro lo que puede llamarse el ritual de Limehouse, pero tengo el presentimiento de suponer que si me aproximo a Gipsy, y le pregunto por algún amigo suyo, haré el ridículo.

—No le juzgo capaz de ponerse nunca en ridículo, señor Compton. Yo le acompañaría, pero hay un obstáculo. Soy conocido. Me toleran, pero cierran sus bocas.

—Lo supuse. Para conocer un determinado ambiente, será difícil encontrar un guía. Me interesa el ambiente de tóxicos.

—En mis años de profesión, he llegado a coger cariño a ciertos bribones. Conozco a un bribón espléndido. Jasper. No es un confidente de la policía, ni mucho menos. Tiene su corazoncito, aunque su aspecto no lo de a adivinar. Es decir, es capaz de hacer un favor, si tiene la seguridad de que lo que pretenden no es delatar, ni comprometer a nadie.

—No pretendo inmiscuirme en cometidos policíacos. Quiero saber cuanto pueda acerca de algún amigo de Willy Lombard, que hubiera podido merecer de éste confidencias muy íntimas.

—¿Cree hallarlo en el mundillo de traficantes?

—Podría ser. ¿Cree que Jasper sería apto para mi intención?

—Puedo garantizar que Jasper es endiabladamente ingenioso. Si me aguarda, podré intentar ponerme en contacto con Jasper.

—¿No le inspira usted recelos a Jasper?

—Le he ayudado varias veces. Jasper no es malo. Es un bribón; porque no quiso nunca apartarse del barrio portuario. Le gusta esto, y las pequeñas condenas que ha sufrido han sido debidas a pequeñeces. Jugar con dados cargados, vender harina a buscadores de cocaína, sentirse defensor de supuestas débiles damiselas… Un elemento interesante Jasper. Un bribón sin maldad. Hubiera llegado a ser alguien en cualquier trabajo decente, pero nació desprovisto del complejo habitual que a nosotros nos hace afirmar que en el trabajo está la recompensa. Trataré de entablar pronto contacto con él.

—Le espero y muy agradecido, Burford.

—Tendré que garantizarle a Jasper que usted en nada comprometerá a sus conocidos.

—Puede garantizarlo. Es netamente privado, y aunque mi moralidad se soliviantara descubriendo a un criminal, respetaré el código de los delincuentes; ya que estoy en vacaciones.

Se prolongaba la ausencia de Percy Burford. Al cabo de cuarenta minutos reapareció. Venía acompañado por un individuo llamativo.

Pelirrojo, de ancha cara algo achatada, ojos verdes, no muy alto, de anchas espaldas y redondo cuello, vestía jersey azul, pantalón gris y chaquetón de gruesa tela gris, con cuello de piel negra.

Sobre los crespos y rojizos cabellos, llevaba una gorra gris, muy ladeada. Calzaba botas de gruesa suela.

—Jasper, señor Compton.

El presentado se sentó donde le indicaba Burford. Miraba con curiosidad a Compton, que dijo:

—Espero que el señor Burford le habrá convencido de que no pretendo husmear con intenciones adversas para negocios y secretos, cuya prosperidad o contratiempos incumben exclusivamente a entidades con las que nada tengo que ver.

Jasper señaló con la barbilla a Burford, sentado a un lado.

—Éste me conoce a fondo, y yo conozco a fondo a éste. No me ha pedido nunca nada que no sea «potable».

—Jasper entiende por potable lo que no perjudica su renombre de viril discreción —aclaró el detective.

—Potable es fácil de comprender, aún para un yanqui. Bueno, usted dirá, yanqui.

—Hubo un hombre llamado Willy Lombard, que frecuentaba Limehouse. Murió ahogado el doce de abril del año pasado. Deseo averiguar si tuvo una amistad lo suficientemente íntima para que le mereciera plena confianza. Una amistad con un individuo rubio, alto y fuerte, de unos treinta años.

—Si este rubio está por mis dominios, lo encontraremos. Naturalmente, no sabrá como se llama.

—No.

—Éste me habló de Gipsy.

—Supongo que Gipsy sabría muchas cosas acerca de las amistades de Lombard.

—Seguro, pero Gipsy no suelta prenda. Éste me dijo que usted era un abogado de campanillas. Éste quiere que yo le facilite la entrada por sitios donde no entra ni éste.

A cada «éste», la barbilla de Jasper señalaba a Burford. No había desprecio en la entonación y calificativo. Al contrario, parecía alentar afecto entre los dos.

—Indudablemente, me sería provechoso indagar personalmente, y reitero que nada de lo que pueda usted descubrirme, llegaría a oídos ajenos.

—Así me lo ha jurado éste. Bueno, habrá que ir pensando en la «vaselina».

—Jasper se refiere a que tiene que meditar el mejor modo de llevarle a usted sin inspirar desconfianzas —terció Percy Burford.

—Yo no inspiro desconfianza —afirmó Jasper—, pero el mejor de nosotros, a veces fué engañado por un policía fingiéndose de los nuestros. Ya sé que no es su caso, leguleyo, puesto que éste lo ha jurado. No le haría usted una mala jugada a Percy Burford, leguleyo, porque si así fuera, yo le juro…

—No seas majadero, Jasper —cortó el detective—. Te dejo con el señor Compton. Me dispensará, señor Compton, si vuelvo a mis tareas. Pórtate bien, Jasper.

—Descuida, viejo —gruñó Jasper.

Se marchó Percy Burford. Preguntó Compton:

—¿Qué tomará, Jasper?

—Un «tufillo» para despejarme los rizos. Tiene que aprender el inglés, usted. ¡Eh, nena! Está guapa la camarerita ésa. Tal como me gustan. Una delgada «cuento». Nena…

La camarera adoptó un aire majestuoso. Jasper especificó:

—Un vaso limpio, con un gajo de limón, echas la mitad de agua caliente, y me traes la botella de ginebra para que yo mismo compruebe la mezcla. Marca «Gordon». Te espero con ansia, nena.

La camarera se alejó.

—Tiene cuento. Es de esas delgadas que luego se destapan y no digo más… Usted tiene vista, según afirma Percy.

—El señor Burford le aprecia mucho, Jasper.

—Así debe de ser entre los Burford, ¿no? Me tiene cariño el viejo, porque estaba él empleado en una compañía naviera, antes de meterse en la Claydon, cuando nos quedamos sin madre. Casi me

dió las papillas con cuchara. Le tengo mucho respeto, como corresponde a un hermano mayor. Pero hay cosas que no pueden ser, ni me las pide. Es listo como un zorro. El viejo. ¡Muy bien, nena! No has abusado del agua. Lo tendré en cuenta, nena.

La camarera dejó la botella de ginebra, legalmente reducida a la dosis permitida, y que Jasper Burford vació en lento escanciar sobre el agua humeante donde el limón amarilleaba el líquido.

Antes de beber, Jasper aspiró con deleite el «tufillo», y después alzó el vaso hacia Compton, que inclinó ceremoniosamente la cabeza.

Cuando hubo bebido tres sorbos golosos, Jasper se echó atrás la gorra.

—Hay dos métodos, si he conseguido entender su negocio, yanqui. Usted busca el amigo rubio del difunto Lombard, que conocía a Gipsy, y cree estará entre los de la «Catorce». Son catorce años la condena para los que se cambian de mano los gramos de droga.

—Ésta es bien resumida, mi intención.

—Los dos métodos para que no inspire usted demasiado recelo, son costosos.

—No me importa sufragar los gastos por crecidos que sean, si consigo tranquilizar a mi esposa.

—¿Su esposa? Ya tenemos uno de los métodos. Usted no tiene cara de «tomar». Es usted un esposo decidido a satisfacer el pequeño vicio de su señora, hasta curarla. Quiere comprar unos gramos. Le aviso que se da el caso con frecuencia. No es el suyo, pero ya es un método. No todos pueden comprar, aunque tengan dinero.

—¿El otro método?

—Sería jugarse la piel a cara o cruz.

Bebió Jasper otro sorbo. Añadió, mirando el vaso con cariño:

—Le abriría todas las puertas cerradas para un hombre como usted, y todas las lenguas se desatarían, Pero es jugarse la piel a cara o cruz… La suya, porque en caso de compromiso, yo diría que usted me engañó, y lo demostraría. No quiero parecer exagerado, pero es necesario que no piense que coloco dificultades para darme tono. En estos asuntos de los «catorce», el que mete las narices, sin ser de veras comprador, puede terminar para siempre de ser curioso. Se barajaban muchos miles de miles, y ya sabe usted lo que

pasa, donde hay cantidades fuertes en el tapete.

—No es mi propósito jugarme la piel a cara o cruz. Pero Percy Burford le considera muy ingenioso.

—No son tontos los «catorce». Verá… Si usted quiere averiguar algo, pueden pasar meses y meses.

—No dispongo de tanto tiempo para averiguar.

—Entonces, sólo caben dos métodos: o «comprar» y que ellos se aseguren que es usted comprador, o pagar también «a cinco». Le expongo el último método. Los mismos que llevan el asunto estupefacientes, se encargan de vender billetes de cinco dólares falsos. Muy bien imitados, con papel alemán, y la plancha de grabado obtenida robándola en el Cuartel General de las fuerzas de ocupación en Berlín. Usted es yanqui, y a mí, si me lo envía con buena recomendación Bertram, me libro de responsabilidad si luego ellos se dan cuenta que usted no es un «suministro».

—Me temo que si tengo qué demostrar talento idiomático, fracasaré.

—Oh, no todos los que vienen a buscar billetes falsos, son de clase fichada. Los hay muy decentes en apariencia. Es un negocio bueno, para el que viene a buscarlos. Los que los tienen no pueden colocarlos aquí, por saturación del mercado. Los venden en fardo grande, a dos por cinco. Usted viene de Nueva York, donde precisamente está Bertram, metido entre rejas. Era amigo mío, y de mucha gente. Si Bertram, cuya exacta pinta le dibujaré al mínimo detalle, le traspasó el soplo, es natural que usted venga a verme, ¿no? Y que yo le lleve al primer peldaño. El primer peldaño es un pececillo que conoce el segundo peldaño, pero no el tercero, y así sucesivamente. Son muy desconfiados estos chicos. Y a la que huelen falso, son tan bestias que se juegan el bigote. ¿Me comprende? Abreviaría así usted mucho camino, pero es jugarse su piel a cara o cruz. Naturalmente, presentado como un amigo de Bertram, le acogería a examen. Usted tendrá que demostrar que compra. Si es un gramo, le costará a razón de la última cotización. No estoy al corriente del mercado. Una cosa sí es verdad, yanqui. Ningún policía penetra en aquel mercado, donde sólo un particular como usted puede llegar.

—Usted pueda llegar mucho más lejos que yo.

—Dependería. Concrete.

—Lo que yo pretendo saber, en nada perjudicará a los traficantes. Todo se concreta a Lombard y un amigo suyo. ¿Conoció usted a Lombard?

—De paso.

—¿Murió incidentalmente?

—Gipsy lo sabrá. Puede que me lo dijera a mí.

—¿Era de los «catorce»?

—Creo que no estaba muy claro su modo de coger dinero. Gipsy lo sabrá. Puede que me lo dijera a mí.

—Un hombre de unos treinta años, rubio, de ojos pardos, fuerte, con un abrigo deportivo gris, sombrero de alas vueltas, bastón-paraguas, esta mañana, a las ocho y media, apenas se abrió el «Say it with flowers» de Lambeth, compró y me envió al hotel «King's Arms» de Chelsea, unos nardos. Estos nardos eran también enviados a un hombre que murió envenenado. Estas tres cosas son las que deseo saber: ¿murió Lombard incidentalmente? ¿Cómo ganaba su dinero? ¿Quién es el amigo de Lombard o de Gipsy, que me ha enviado los nardos?

—Haré un sondeo a mi modo. Me acuesto tarde. Si averiguo algo potable, iré a su hotel, sea la hora que sea. Avíselo así al conserje de noche.

—¿Cuánto…?

—Le pasaré la factura, si vale la pena. Si no, usted tendrá que jugarse la piel a cara o cruz. Gracias por la gasolina.

Jasper Burford abandonó el salón de té. La camarera «falsa delgada» pudo antes ser la imagen de una ofendida virtud. Ahora seguía a través de un ventanal el contoneo garboso con que Jasper Burford iba a «sondear» la zona prohibida para la gente decente.

Roger Compton regresó a su hotel.

—Como ves no me he arriesgado, Beatriz. Ni siquiera he cruzado la línea divisoria entre mi habitual ambiente, y el ignoto mar de fango que sólo conozco en expedientes. Burford está ya haciendo sus investigaciones. No vamos a perder lastimosamente el resto del día, Beatriz. Tienes un modo de mirarme parecido al científico que examina su cobayo.

—Roger… ¿Por qué te casaste conmigo?

—Querida. La pregunta es superflua. Mírate al espejo, y…

—Tu único amor era tu carrera. Si creyeras que cometiste un error al defenderme, serías capaz de todo, para devolver la paz a tu conciencia profesional.

—Temía este momento, Beatriz. No me enoja tu suspicacia. No he sido yo el que ha enviado los nardos, para contemplar tus reacciones. De todos modos, ahora, hasta que no se encuentre al que con su envío nos ha estropeado las vacaciones, no te reprocho tus recelos. Quiero sólo que comprendas, que te defendí sin reservas, y me casé contigo porque te quiero. No desorbites la cuestión.

—¿Y si… Willy Lombard no hubiese muerto?

—En nada cambia lo nuestro. Nos explicaría cómo se verificó el cambio de tazas. Pero deja de atormentarte. Tu conciencia y la mía están de acuerdo, y nada nos reprochamos. Eso es todo. Anda, arréglate, y nos iremos a disfrutar del sedante de una buena música, mientras Burford busca la amiga de Willy Lombard o de Gipsy Kentbury.

CAPÍTULO VIII

La voz cálida, de contralto, tenía breves estridencias inesperadas. La roja herida de la boca en el blanco enfermizo del rostro, tenía una flexibilidad que resaltaba más en la tersura atirantada de la piel.

La otra pareja jugaba con comentarios escasos. Pero Gipsy Kentbury salpicaba de observaciones especiales el curso de la partida de «*póker*».

A su lado, un marinero danés, prefería asirse al gollete de la botella, dejando que cartas en mano, defendiera Gipsy sus fondos.

—Paso —declaró la otra chica.

Su acompañante empujó dos billetes de libra.

—Atrévete, Gipsy —invitó.

—Llevo treinta años atreviéndome, «Pelícano». ¿Qué son tus dos tristes libras, comparadas con estas cinco de mi «Pingüino»?

El danés asintió solemnemente. Sabía que Gipsy era honrada en el juego. Por eso muchos le confiaban la defensa de su dinero, en supersticiosa espera de triplicarlo.

Ella jugaba por amor al riesgo, y sufría como si fuera su propiedad el dinero arriesgado.

—Van las cinco. Dame dos cartas, Gipsy.

—Tiene trío tu «Morsa», Dora. Y si le dejo limpio, cosa que es un decir, no protestes, Dora. Allí van tus dos cartas, «Pelícano». Yo me conformo con una, ¿verdad, «Pingüino»? Nos conformamos con una.

—Nos conformamos con una —asintió el danés.

Dora, adherida la mejilla al hombro de su amigo, sentía repicar su corazón. Había siete libras en juego. Cerró los párpados, cuando el suave gesto del pulgar de su amigo, descubrió la cuarta sota.

Gipsy no miró la quinta carta pedida. Pregonó, sabiendo que en

rededor de la mesa, los mirones querían emociones gratuitas:

—Es mi noche espléndida. Viernes y trece. El «Pelícano» está mirando sus billetes. Los va a perder, pero los jugará. Impídeselo, Dora. ¿Por qué pedí una carta? Porque tenía el «*póker*» hecho, y el «Pelícano» no se lo olió.

—Tú enciendes muchos faroles, y pocos apagas, Gipsy —rió el apostante, que cerró el abanico de sus cuatro sotas—. Me sabe mal dejar a tu «Pingüino» más seco que un bacalao, pero echo el resto. Sí que lo tengo, vaya que lo tengo, el gran «*póker*». Pero vale todo tu resto, verlo.

—Son dos libras y media, Gipsy —sonrió, nerviosamente, Dora.

—Una miseria. ¿Verdad, «Pingüino»? Luego te enfadarás. No sabéis perder, vosotros dos. Tú me desafiaste, «Pelícano». Enseña tu juego.

—«*Power*» de sotas.

—Una porquería. Vete recogiendo la banca, «Pingüino». Te lo dije, Dora.

La pareja miró las cinco cartas que iba extendiendo Gipsy. Cuatro reyes y una reina.

El danés rió infantilmente. Había tenido acierto al entregar las tres libras a Gipsy. Recogió el dinero, estrujándolo en su bolsillo.

Conocía las costumbres. Se tambaleó al levantarse.

—Eres única, Gipsy.

—Lo sabemos. Anda, y suerte, «Pingüino». Dejadle… No le sigáis. Es pronto aun para el desquite, «Pelícano». Déjale, que se gaste unos pocos en beber. No me mires así, Dora, o tendré que sacudirte. ¡Eh, vosotros, despejando!

En la trastienda del «*pub*» de Limehouse, donde sólo tenían admisión los selectos, los mirones abandonaron su contemplación de Gipsy.

Moldeada en su jersey blanco, los negrísimos cabellos enlazados a la nuca con redecilla blanca, alisó ella su falda negra. Le gustaban sus diminutos pies, calzados en charol.

Tenía dos secretos de tocador. El rojo perenne de sus labios, y que no manchaba, era producto de la habilidad de un tatuador.

La blancura de sus dientes, pese a que fumaba constantemente, se debía al único dentífrico que usaba: polvo de carbón vegetal.

Barajó las cartas, y empezó un solitario. No miró al que se

sentaba frente a ella. Si lo hacía, era porque tenía derecho… o lo creía.

—Esta noche te estoy adorando con furia, Gipsy.

—¿Y las otras, tiburón?

—Menos.

—Eres de lo que no hay, Jasper. Estuvo bueno aquella noche que me llevaste a cenar al «Mónaco». La plebe nos miraba como a dos fenómenos, pero teníamos derecho a cenar, puesto que empleábamos la cuchara, y no hacíamos escándalo. Aun me estoy mondando, recordando la cara de palo del camarero, cuando le pediste la cuenta y le dijiste que no tenías dinero. No lo tenías, tiburón. Y tuve que pagar yo. ¡Tuvo gracia el golpe! Muchas veces me lo he preguntado. ¿Cómo fue que no te encajé por gorra el cubo donde flotaba esa porquería de agua amarilla con burbujas?

—Champaña caro.

—¿Qué te trae, caimán?

—Podemos cenar.

—Ya he cenado.

—Podemos beber.

—No tengo sed.

—Podemos ir a bailar.

—Eso ya está mejor. Tendrás que retratarte en taquilla. ¿Tienes el cuerpo bailarín esta noche, Jasper?

—Podemos comprobarlo.

—Te veo venir, tiburón. Cuando estás así de fino, es que piensas sumergirte como una botella llena. Podrías estar en peor compañía, para ahogar tus penas. Vamos allá, caimán. Siempre he tenido debilidad por los pelirrojos como tú. Porque eres como eres, y soy como soy. Pero no romperás nada, si te da furiosa.

—Palabra, Gipsy. Pillaremos una cogorza, pero no romperé nada. Hablaremos de nuestras penas de amor. Es muy divertido.

* * *

El chasquido de un cuerpo hendiendo el agua, hizo gritar agudamente a la mujer que del brazo de su acompañante, regresaba a su casa.

El silbato de un guardián nocturno de almacén portuario, hizo

acudir la rápida lancha de patrulla. La pareja que atestiguaba haber visto a un hombre resbalar, después de describir varias eses, señaló un punto de la negra corriente.

El guardián nocturno, añadió su propio testimonio, y los bicheros de la lancha, entraron en función, mientras avisaban para que fueran tendidas las redes de captación del cuerpo ahogado.

Media hora después, la Brigada Fluvial sacaba el cuerpo chorreando, inerte, de un individuo de rostro achatado y cabello rojizo.

* * *

Costumbre mutuamente acordada, era que Beatriz Compton y Roger Compton, ocuparan dos alcobas comunicantes.

A las tres y cuarto de la madrugada, el conserje de noche, vino personalmente a avisar a Compton.

En la sala de visitas del rellano, esperaba un hombre.

Envuelto en su batín, Compton se sorprendió al ver a Percy Burford.

—Jasper no puede venir, señor Compton. Si tiene la bondad de vestirse, y venir conmigo, sabrá aspectos muy extraños del asunto Lombard.

—Al instante.

—Tal vez, su ausencia se prolongue bastante, señor Compton.

Rober Compton dejó sobre su mesita de noche unas líneas escritas, anunciando a Beatriz que no se inquietara, si tardaba en regresar.

Bajo ningún concepto debía ella abandonar el hotel, hasta que él volviera.

En el taxi que abajo esperaba, y al que dió Burford una dirección del centro, el detective dijo:

—Prefiero no anticipar nada, hasta que usted mismo saque sus conclusiones, señor Compton. Estaremos más confortables en mi domicilio. Es el de un solterón egoísta.

Era, en efecto, el domicilio de un solterón egoísta. Cómodos sillones, una buena lumbre en la chimenea, y «tufillo».

Jasper Burford, envuelto en un batín que le venía muy ceñido, calzando pantuflas, preparaba su segunda «mezcla» cuando entró

Compton.

—Lo que son las cosas, yanqui. Éste se va a salir con la suya. Le he cogido asco al «bronce». ¡Hacerme a mí esta cochinada!

—La virtud de mi hermano ha sufrido un serio desengaño —comentó Percy Burford, acercándose al fuego tendidas las manos.

Parecía muy jubiloso. En cambio, Jasper Burford, agarrotado el entrecejo, estornudando de vez en cuando, demostraba no estar de buen humor.

—Éste tenía razón cuando decía que en mi ambiente no se forjaban amistades, y que llegado el momento en que vieran peligrar sus intereses, eran capares de matar a su propio padre. ¡Hacerme a mí esta cochinada!

—Jasper ha decidido ser mi auxiliar, de ahora en adelante. Ha sufrido esta noche un serio desengaño.

—¡Un remojón asqueroso! Claro que me lo podía haber evitado, pero quise ver hasta dónde llegaban las cosas… Bueno, la cosa empezó así. Me fui a invitar a Gipsy a bailotear un poco, y beber algo. Mi idea era empaparla, y llevar la conversación hacia Willy Lombard. Era cosa de la una, cuando de doce «tufillos», había yo echado diez con talento fuera de mi buche.

—Un sacrificio heroico —rubricó Burford, extasiado.

—Juro por la salvación eterna de éste, que Gipsy no se dió cuenta. Y entonces, juzgué la cosa a punto. Dije que sólo un hombre me inspiraba celos. Aludí al jovenzuelo Lombard. Y me di cuenta de que en Gipsy se efectuaba un cambio. Hasta entonces había estado tierna a su modo, sabrosa y adaptable como un guante. Se puso tiesa, y como no me costaba nada hacerme el «cuba», persistí con pesadez de tal. Pero ahora viene lo bueno. Cuando hablé de nardos, Gipsy se envaró como los tales. Me dijo que podíamos ir a beber de lo bueno, al «Charlie's». Yo me apoyaba en sus hombros, y así entré en el «Charlie's».

—Fué en el «Charlie's» donde el dueño afirmó que Jasper había sobrepasado la frontera que separa la euforia alcohólica de la plena borrachera inconsciente —aclaró Percy Burford.

—Gipsy me vió beber, y le dijo con guasa al dueño, que yo estaba muy celoso de los nardos de Lombard. Yo había empapado el forro de piel de mis solapas alzadas, y pude ver que también el dueño se ponía tieso. Dijo que iba a sacar un frasco de lo bueno. Fué a colgarse del teléfono, y estuvo haciendo varias llamadas.

—Hasta dar con una pareja de enamorados, amantes de la noche. Los dos testigos que…

—Lo explico yo, Percy, ¿o no lo explico yo? Gipsy me cogió del brazo, yo me eché casi encima, y me dijo que me convenía refrescarme. ¡Y tanto! Me llevó al borde, y ¡zas!, un empujón. Conste que me dejé remojar, pensando en éste. Éste quería que me portase bien ¿no? Gipsy me hizo una cochinada, ¿no? ¡Pues guerra a todos ellos! Y ahora, ¡at… chiiiii!…, pelen la manzana que les doy, ustedes dos.

—Tres personas han atestiguado que Jasper, borracho como una cuba, se cayó al agua. El dueño del «Charlie's», una mujerzuela llamada Dora, un marino danés llamado Ericksson… Jasper, cuando se asió al bichero, bastante lejos del sitio donde cayó, le explicó al oficial de patrulla que era necesario avisarme a mí, y dar por hecho que estaba ahogado. Avisé a *Scotland*, que me dió carta blanca. Fueron a identificar a Jasper, sobre la mesa y debidamente arreglado, el dueño del «Charlie's», Dora y Ericksson. Y los tres están plenamente convencidos de que Jasper ha pasado a mejor vida. Usted dirá lo que desea hacer, señor Compton.

—Considero esencial someterme a lo que sugiera Jasper.

—¿Te das cuenta, Jasper? Un prodigioso talento como el señor Compton, te considera superior.

—Porque tu yanqui tiene vista. Vas a prestarle tu abrigo a cuadros, Percy, y una gorra. Vamos a efectuar unas visitas de esas que usted en sus libracos llamará «allanamiento de morada». ¿Cómo se llama en términos de libracos, pegar una paliza a un sucio marinero danés y a dos bribonas sin alma?

Roger Compton esbozó una sonrisa. Dijo:

—Lo calificamos de «hábil interrogatorio».

CAPÍTULO IX

En la posada «Escandinavia» donde los marineros nórdicos solían alojarse, Eric Ericksson a medio vestir, dormía amodorrado, en estrecho abrazo con la almohada.

Su largo cabello apanochado fué el asidero por el que Jasper Burford, lo despertó.

El danés encontró el procedimiento un poco molesto, cuando en la cabeza bandadas de pájaros trinaban, y las raíces de sus cabellos se habían convertido en aceradas púas.

Extendió los lardos brazos, con el propósito de alejar rudamente al poco amable despertador.

Se dobló hacia delante, al recibir en el estómago un codazo. Aquello sobrepasaba la medida. Saltó en pie gesticulando como un molino loco y de aspas desquiciadas.

Después de una buena borrachera, no había nada como una buena pelea, opinaba Eric Ericksson, pero no estaba en muy buenas condiciones a hora temprana, o tal vez su desconocido oponente, dominaba el arte de sacar el máximo rendimiento con el mínimo esfuerzo.

Quedó arrodillado, al recibir sobre la coronilla un doble puñetazo. Se puso en pie al poco, contra su voluntad, al recibir en la base de las mandíbulas un rodillazo…

Se ladeó en sincronismo de balanceo, mientras en sus flancos repiqueteaba una serie de cortos «jabs», técnicamente perfectos.

Eric Ericksson conocía las reglas. Alzó el brazo derecho, admitiendo que estaba lo suficientemente despejado para reconocer su «K. O.» técnico.

Tambaleándose fué al lavabo, sumergiendo la cabeza bajo el amplio chorro. Se sacudió como un gran perro de lanas.

Y entonces reconoció al vencedor. Prefirió sentarse. Los esfuerzos cerebrales le fatigaban.

—Primer asalto a mi favor, «Pingüino». Tú me reconociste como el ahogado resbalón. No me digas que estaba muerto, porque eso me lo sé. Dime lo otro. Anda, pingüino, díselo a tu amiguete. Díselo a Jasper, pingüino.

La suela de la bota alcanzó en el pecho al danés, que cayó hacia atrás con la silla. Le pareció ésta un excelente argumento defensivo.

La iba ya a abatir, cuando estimó injusto que su adversario, en vez de esperar de frente; le asiera los brazos y a la vez le colocase una rodilla en los riñones.

Pensó con admiración rabiosa, que aquel pelirrojo se las sabía todas. Soltó la silla, para intentar desasirse, con una llave «Nelson» invertida.

La consiguió a medias, porque se encontró libre de la presión en su espina dorsal, pero una mano áspera le estaba refregando la cara en forma especial.

Mientras, otra mano cerrada le iba tundiendo las costillas, y por fin remataba la serie conectando un golpe exactamente en el punto donde su estómago no encajaba.

Esta vez fué al lavabo ayudado caritativamente. Quedó colgando del mármol, mientras en su nuca el chorro repicaba.

Volvió a sacudirse, y alzó el brazo derecho, hablando por primera vez:

—Abandono.

—El «Pingüino» abandona en el segundo asalto. Por lo tanto, está dispuesto a dejar por unos momentos de ser una bestia. ¿Dónde está la marmota llamada Dora?

—Se quedó en el «Tres Grumetes».

—¿Cómo es que estabas cerca de donde Gipsy me tiró al agua?

—La avisaron a ella, que estaba jugando al «*póker*» conmigo, para recuperar sus fondos.

—¿Quién la avisó?

—El dueño del
«Charlie's».

—¿Qué quería?

—Que Dora y yo fuéramos allí cerca, y después ella pidiera auxilio.

—¿Cómo es que Gipsy y Dora tienen tanta confianza en ti?

—Alguna vez le he traído a Gipsy paquetitos de heroína.

—¿Y a Dora?

—Ella los reparte tan sólo.

—¿Gipsy es tu jefa?

—No. No tengo jefa. Me daba dinero para comprarlos en Amberes. Yo los traía. Se los daba, y ya está, ¿no?

—Adiós, «Pingüino».

Salió Jasper Burford. La agencia Claydon tendría aquella noche trabajo extra. Uno de sus componentes, estaba a la escucha del teléfono intervenido de la «Escandinavia».

Otro aguardaba para seguir los pasos del danés. Que apenas hubo salido Jasper, se colgó del teléfono.

Marcó unos números, y apremió:

—… Jasper, el pelirrojo, está sonsacando. Yo me largo.

Colgó ignorando que su comunicación la había registrado un miembro de la agencia Claydon.

Y que su veloz retirada hacia Dover, donde tomó pasaje en barco, que zarpaba al amanecer hacia Amberes, era imitada con otra intención por el segundo componente de la agencia Claydon.

* * *

Dora Dingle, cuando tenía más de una libra en el bolso, dormía voluptuosamente a solas. Se incorporó sobresaltada, al encenderse las luces de su cuchitril en los altillos del «Tres Grumetes».

Parpadeó, atribuyendo al alcohol ingerido, su alucinación.

—Soy yo, marmota, el cariñoso Jasper. ¿Dónde quieres la primera patada? Te doy a escoger. No chilles… y cierra la boca, o me dará mucha pena, romperte el hociquito. Es deplorable que yo, el buen Jasper, que varias veces te evitó desperfectos en tu cara de rata linda, venga ahora a…

—¡Jasper! —exhaló ella, alelada.

—No tienes secretos para mí, marmota. ¿Verdad que no?

—Fue Gipsy, fué ella…

—«Ella es así, amigos».

—Ella y Simms, querían que con el danés estuviera yo de testigo.

—Pero falseaste la cosa, rata. Dijiste que resbalé, pero sabías que me empujó Gipsy. Mira por dónde resulta que eres uno de los primeros peldaños de la «catorce».

—Yo no te hice nada, Jasper. ¡Palabra! Siempre te he apreciado, pero si Gipsy había decidido quitarte de en medio, ¿qué iba yo a hacer? ¡No me pegues, Jasper!…

—Baja los codos, ratita. Tienes razón. Es con Gipsy con quien debo arreglar cuentas. Pero cuando ella vaya a desembuchar, si le pillan, cargarás con todo. Ella dirá que tú eras la jefa. El danés acaba de decírmelo.

—¡Valiente cerdo! Yo sólo cogía lo que Gipsy me daba, y lo repartía siempre a los tres mismos. A Teddy, a Joan, y a Vel.

—¿Quiénes son ésos?

—Teddy el portero del «Jigg», Joan la encargada de lavabos del «Edén», y Vel es el abrecoches del restorán «French Home», Pero, ¿por qué te interesa eso?

—¿Por qué crees que me echó al agua Gipsy? Te vas a hundir si no sales por pies, Dora. Como me das tanto asco, he logrado que a ti te dejen escapar. Tienes suerte, Dora. Tienes suerte, porque si antes envidiabas a Gipsy, ahora sentirás pena por ella… Vístete, y si encuentras el hoyo donde meterte, no irás al banquillo con Gipsy. Soy el bueno y cariñoso Jasper…

El puntapié que ella recibió en su parte más carnosa, lo consideró casi una caricia, mientras apresuradamente acababa de vestirse.

—Recuerda que si ellos se enteran que delataste los segundos peldaños te remojarán en el río. Prueba suerte en el Congo Belga; le gustarás a los negros caníbales. ¡Andando! Un compadre mío, que los tengo desde esta madrugada, nuevos, te acompañará hasta el tren, y después te las compones. No llores diciéndole adiós a Londres. No debiste dejar que me matasen así como así, rata. Me habías jurado eterna amistad.

El segundo puntapié lo pudo ella esquivar. Bajó las escaleras con gran ligereza, y mientras esperaba la salida del tren, lloró tomando por pañuelo las solapas de la gabardina del componente tercero de la agencia Claydon.

—Era un buen chico Jasper. Y ahora… ¿qué va a ser de mí?

—Lo debiste pensar antes, Dora. Date por contenta con escapar.

Has firmado una declaración, que te valdría más molestias de tus antiguos compañeros que de la policía.

Ella se apartó con repentino asco. Escupió:

—¡Sucio polizonte tú!



«Es jugarse la piel a cara o cruz.»

—Aficionado nada más, rata. Ya oíste lo que dijo Jasper Burford. Que te lleve a *Scotland*, si te pones pesada.

Scotland Yard, por su propia iniciativa detuvo a Dora cuando se disponía a tomar pasaje en el barco francés. El motivo fué ajeno a los «catorce». Un pasaporte sin revisar.

* * *

Gipsy Kentbury cogía el sueño muy tarde. Le gustaba ver palidecer la noche desde la ventana de su alcoba, agradablemente entibiada por el fuego de leños.

¿Quién llamaba a las seis de la madrugada? Tenía métodos muy contundentes para despedir a pelmazos…

Acudió a abrir. No hacía juego con sus chinelas y su bata, el atizafuegos que llevaba en la mano.

Se quedó perpleja. Aquel caballero, porque lo era, no lo conocía.

—Buenas noches, señorita Kentbury. Me llamo Compton, y soy abogado. Lamento importunarla a estas horas impropias, pero se trata de un asunto relacionado con un hombre llamado Burford, Jasper Burford.

—No es hora, pero tratándose de un caballero, cambia todo. Puede usted entrar, Compton. Cierre la puerta, y desembuche.

Sentándose, ella dejó sobre la alfombra el atizafuegos. Buscó la cajita de cigarrillos, pero anticipándose tendió Compton una pitillera, de la que él no hizo uso.

—Jasper estuvo bebiendo y bailando en su compañía, hasta muy avanzada la noche.

—Sí. Me dejó en el «Charlie's», y poco después resbaló. Estaba bebido infernalmente.

—Como Willy Lombard.

—Oiga… ¿De qué va la cosa, amigo?

—Esta mañana he recibido una flor y una tarjeta. Como las que mandaba Willy Lombard a un caballero neoyorkino llamado Johnatan Lindsay.

—¿Un caballero…? Déjeme reír. Vamos al bulto, abogado. ¿Qué busca usted en mi domicilio?

—Ofrecerle un cambio. Me callaré todo lo referente a Dora Dingle, Eric Ericksson, Teddy, Vel y Joan, y usted me dirá todo lo referente a Willy Lombard.

—Usted es yanqui, y domina el chino.

—No soy investigador en ejercicio, sino particular que desea vivir tranquilamente en su hogar. No lo conseguiré, si mi esposa sigue asustada.

—Dele una ducha fría cada media hora. Nada mejor para los nervios.

—Hay una íntima conexión entre la muerte de Lombard, la de Jasper Burford, la muerte de Lindsay, y la vara de nardos. Usted puede aclararla, y yo en prueba de gratitud, volveré a Nueva York sin inmiscuirme en su comercio, señorita Kentbury.

—Me está usted gustando, vaquero. Viene a las seis de la madrugada, y muy serio empieza a hablarme de nardos, de conexiones y de una retahíla de tipos.

—Es preferible acuda personalmente en busca de una amigable componenda, a presentarme en *Scotland Yar*, departamento de represión de tóxicos, y les muestre las declaraciones escritas que he obtenido de Eric Ericksson que va hacia Amberes, y de Dora Dingle camino de Francia. Ellos se confiesan primeros peldaños, y Teddy, Joan y Vel, han admitido ser los segundos peldaños. De una escalera que me conduce a usted. No pretendo continuar subiendo más peldaños, porque no es mi ejercicio profesional. Sólo deseo poner en claro quién me envió la tarjeta con los nardos, y le entregaré estas cinco declaraciones escritas. Teddy, Vel y Joan, han hecho también su bagaje, y por lo tanto, sólo estas declaraciones y yo, constituimos la conexión. Se las entregaré, y me iré. Deseo únicamente saber quién me remitió la tarjeta, aludiendo a la viudez de mi esposa, y cuanto se refiera a Lombard.

—Neto como un trinchante, y seguro como una apisonadora, así es usted. ¿Qué le hace suponer que sé algo de todo esto?

—Jasper intentó saberlo, y se cayó al agua.

—¡Usted le pagó…!

—No, porque Jasper no admite pagos. Hay otra declaración alusiva a dos empujones seguros, y otros probables. Complicidad con el dueño del «Charlie’s», seguramente otro peldaño más. Todo a cambio de saber lo que deseo. No estoy ejerciendo en esta ciudad, y también mi moral está de vacaciones.

—Luna de miel.

—Exacto.

—Me propone un intercambio basado en nuestra mutua honorabilidad.

—De la mía respondo. Y usted sabrá acudir a su espíritu comercial. Hasta hoy es la inquieta Gipsy, caprichosa, inspiradora de pasiones, con la posibilidad de sufrir catorce años de presidio por tráfico de drogas, pero si la inculparan de las muertes supuestamente accidentales de Lombard y Jasper… creo que en Inglaterra siguen empleando el arcaico sistema de la cuerda de cáñamo. Solucione mi problema personal, y solucionará el suyo.

—Me gusta usted, vaquero. Ordeña finamente. ¿Qué desea saber?

—Hábleme de Willy Lombard.

—Era primo de la esposa de Lindsay.

—No lo ignoro.

—Usted se ha casado con la viuda de Lindsay.

—No lo ignoro.

—Su frialdad puede deshelarse, Compton.

—La temperatura de este recibidor lo ha logrado. De todos modos, insinúo que mi afición es discernir las alteraciones de la verdad. Si usted alterase verdades, renunciaría a ofrecerle un ventajoso trato.

—No tengo por qué mentir. Willy Lombard llevaba la droga a Lindsay. Éste hacía tiempo que parecía vivir retirado de los negocios. Era muy listo. Willy le llevaba la droga. Era muy listo Lindsay.

—Me permito dudarlo. Murió envenenado.

—Willy se creía más listo. Me dijo que cuando Beatriz entró llevando las dos tazas, y colocando delante de él, la que no tenía asa, tuvo de pronto el presentimiento de que algo no iba bien. Así lo explicó. Algo no iba bien. Esperó a que Beatriz se fuera, y como por error, al ponerse en pie cogió la taza destinada a Lindsay. Éste bebió la destinada a Lombard. Y Willy juzgó magnífica su jugada.

—Ésta es la versión dada por mi esposa.

—¿Sí? ¿También le dijo que quería a Willy?

—También. Tanto, que le resultó costoso para defender a Lindsay, premeditar el envenenamiento de su primer amor.

Deduzco que cuando usted supo que Lombard había suprimido una fuerte de salida de la mercancía, como la era Lindsay, decidió darle un empujoncito.

—No fué exactamente así. Willy estaba muy distinto. Le había desjuiciado pensar que su adorada, quería suprimirlo. Siempre había pensado que ella, al enviudar, se casaría con él. Empezó a ponerse enojoso. Y decidimos…

—¿Decidieron?

—Dijo usted antes que los peldaños no le interesaban, sino lo referente a Lombard.

—Cierto. Hablemos ahora de mi remitente.

—Según parece, Beatriz está muy enamorada de usted. Tiene una gran fortuna propia. La sacrificaría gustosa, si alguien podía demostrarle que estamos en condiciones de sembrar la duda…

—Un chantaje sin base, puesto que confío plenamente en ella.

—Pero tal vez ella, no lo pensase así. La dificultad mayor que existe en el negocio, es encontrar una persona por encima de toda sospecha. Lo era Lindsay, al retirarse, sin haber dejado la menor prueba de su pasado. Lo sería Beatriz… si accediera a guardar el género. Éste era el propósito. Queda olvidado, si usted me entrega esas declaraciones escritas.

—Sigo ignorando quién fué el caballero rubio, de ojos pardos.

—Una peluca basta. Fué un amigo mío, de toda confianza. No reincidirá. Que viva en paz el matrimonio Compton. Deme.

—Una mujer de negocios perfecta, Gipsy. Salvo tropiezo, la cuerda de cáñamo no formará collar en rededor de su hermosa garganta. Por mi parte, procuraré abandonar Inglaterra, antes de tener un tropiezo.

—Una actitud prudente, Compton. Vuelva a su tierra, y que cada uno siga su senda. Ya conoce el camino para salir.

Roger Compton saludó, andando hacia la puerta en forma poco cómoda. Podía ser cortesía, o deseos de no trabar inconscientemente contacto con el atizafuegos.

Pero ella permaneció sentada, hasta que se cerró la puerta. Fué a echar el pestillo.

Regresó a su alcoba, paseando unos instantes, mientras verificaba las firmas puestas bajo cinco declaraciones. No conocía la firma de Ericksson, y la dió por válida.

Se acercó a un pequeño mueble secreter, y extrajo una hoja de papel, donde escribió con rapidez.

La copia del telegrama que debía enviar con urgencia.

Terminó, y dejando la pluma, volvió a mesarse la espléndida mata negra de su suelta cabellera.

Los abogados eran gente poco escrupulosa, pensó. En pie, se quitó la bata, y procedió a vestirse.

Cuando regresó del cuarto de baño a su alcoba, permaneció unos instantes como paralizada.

Sobre el secreter ya no estaba la hoja escrita. Miró debajo, en los pequeños estantes, en su Bolsillo…

Un nerviosismo creciente la sacudió.

Fué retrocediendo lentamente, hacia el recibidor. Poseía un estuche de sándalo, en cuyo interior había una filigrana de estilete de corta hoja. Muy menudo, cabía en el escote, o como había leído en el libreto de «Carmen»…

Lo disimuló perfectamente, cada vez más convencida de que había alguien escondido en su piso.

Alguien que se refocilaba como el gato acechando un ratón. Alguien que ya no se cuidaba de contener la respiración…

Volvió ella a entrar en la alcoba.

—Hola, Gipsy. No era preciso que te vistieras para mí. Sin cumplidos, Gipsy. Soy el bueno y cariñoso Jasper, mi vida…

CAPÍTULO X

Roger Compton besó en la frente a su esposa. Ella, abrazándole, se acurrucó apretadamente contra su busto.

—He dormido mal, Roger.

—Amanece un nuevo día. Iremos a Epsing. No preguntes. Todo está aclarado. Déjame sorprenderte cuando estemos en la última excursión. He reservado ya los pasajes para el avión de este mediodía. Iremos a Epsing, porque me han dicho que es él rincón más típicamente medieval de las proximidades de Londres. Además, tengo que preparar un interrogatorio, Beatriz. Y tú contestarás como acostumbras. Sincera y sin reservas mentales.

—No las tengo contigo, ni las tuve con nadie, Roger.

—Lo sé. La mañana se anuncia placentera, Beatriz.

* * *

Gipsy Kentbury encendió nerviosamente un cigarrillo. Sólo movió la mano derecha, y los labios. Parecía convertida en muñeca de porcelana.

Jasper Burford se retrepó en el sillón calzadora.

Sus verdes ojos tenían reflejos felinos. Adelantaba los labios, y no motivaba la mueca ninguna sonrisa…

Gipsy Kentbury fumó anhelosamente, hasta que pudo reclinarse contra el dintel.

Dijo estridentemente:

—¡Habla!

Jasper Burford silbó melodiosamente.

Ella encendió otro cigarrillo en la colilla del recién apurado.

La melodía silbada terminó con un trino suave. Conocía ella la letra:

«Si me matas, mirándome,
acaba con el tormento, mi vida».

—Habla, Jasper. Di lo que te propones.

—Verte así, me basta. Tienes la misma expresión que la rata de alcantarilla cuando ve acercarse la escoba del barrendero. Y mientras sigas a esta distancia, la cosa será potable. Puedes decir lo que piensas…

—Estabas «conchavado» con el leguleyo…

—No lo estaba aún, cuando bailábamos. Lo empecé a estar cuando bailé dentro del agua. Estaba muy fría, y tuve que nadar, gracias a que sé nadar. Tus encantos me han curado el catarro. Ya no estornudo.

—¿Cuánto te ha pagado el leguleyo?

—Todavía no le he presentado la factura. Si te disponías a salir, por mí, sin cumplidos, Gipsy. Como si estuviéramos en tu casa, ¿sabes? Me dijiste una vez que tú y yo éramos como hermanos de la gran fraternidad de la miseria, y que nuestro espíritu era indominable, rebelde y aventurero.

—Quisiste sonsacarme…

—No me interesaba tu negocio, sino la vara de nardos. Y te pusiste tonta. Podías haberme dicho: «Mira, tiburón, envía al demonio al yanqui, y no vuelvas a jugar al tunante conmigo, porque soy muy tunanta». Pero me diste un empujoncito, Gipsy… Casi te lo perdonaría… si antes de darme el empujoncito, no hubieras hecho lo imperdonable. Besarme largo, muy largo… para acabar de marearme. Eso es maldad, pura maldad.

—Tú cogiste la hoja escrita…

—Es que ahora trabajo como auxiliar de la agencia Claydon. Mi hermano Percy es el talento de la agencia.

—Vale mucho dinero lo que sabes, Jasper.

—¡Figúrate! Soy el testigo de un asesinato frustrado y le sonsacaré al cerdo del
«Charlie’s»,

la prueba del otro asesinato mejor logrado en la persona de Willy Lombard. Vas a la horca, Gipsy. No por tus muchos pecados, sino por haberme mentido al jurarme fraternidad.

—Tú fallaste primero, intentando sonsacarme.

—No te acerques, mi vida. Aun no hemos terminado de charlar. Cuando yo cité a Lombard y el nardo, estabas a tiempo. Si me preguntas, te hubiera contestado, Y ya está. Pero me empujaste, con aquel sucio beso… ¡Vas a la horca, Gipsy!

—No puedes ser un proveedor de verdugo, Jasper. Los dos reconocemos nuestro error. Podemos arreglarlo todo, Jasper. Yo… no quiero verte así… Jasper, hemos sido cabales los dos… Hemos fallado esta noche… Dame una esperanza…

—Puede estudiarse, mi vida.

* * *

—No podría ir a Epsing, sin antes oírte, Roger.

—Siempre ganas, porque así debe ser. Confortados por un buen desayuno, empiezo el interrogatorio. Nos recordará la primera vez que nos conocimos. Alguna pregunta será molesta.

—Procediendo de ti, no.

—No estás tan serena como estabas entonces, Beatriz.

—Tengo miedo de perder tu cariño, y para mí lo es todo.

—El clavo que entra en una pared, puede sacarse, pero siempre queda la huella. En tu desdichado error, la noche del trece de marzo, hubo siempre un punto obscuro.

—Para ti, no. Cuanto me preguntaste, contesté.

—Al salir de Marionville, un periodista te preguntó por qué fuiste a tu alcoba, sin comprobar el resultado de tu decisión.

—Contesté la verdad. Repetidamente le hice constar a Johnatan que si él decidía terminar con el chantaje de Willy, tendría en mí un cómplice. Si él no se decidió, a él le correspondía decidir ante el hecho consumado. Es decir, cuando se viera ante lo irremediable.

—¿Considerabas un cobarde a Johnatan?

—No. Le consideré como un hombre que prefiere pagar a un chantajista.

—¿Sabía él que seguías queriendo a Willy?

—Le odié cuando me vi frente a Johnatan muerto.

—¿No te extrañaba la pasividad de Johnatan frente a un hombre cuyo cinismo llegaba al extremo de anunciarle tu viudez?

—Johnatan sabía que nunca me casaría yo con Willy. Podía quererle, pero tengo mi orgullo y mi especial honradez. Me pareció horrible el proceder de Willy. Si se hubiese limitado a obtener dinero por su secreto…

—¿Cómo llegó a averiguar el secreto del origen de la fortuna de Lindsay?

—Nunca lo supe. Me dijo Johnatan que Willy al frecuentar tanto el hampa, debió llegar a conocer este secreto.

—¿Lo sabías tú, antes de casarte con Lindsay?

—No.

—¿Por qué te alarmó tanto el pensar que Willy pudiera estar vivo?

—Su cinismo podía haberte sugerido dudas. O un amigo suyo, podía mentir.

—Mi oficio es descubrir la mentira donde se encuentre. Era, en efecto, un amigo de Willy el que envió la vara de nardos. No es rubio. Intentaba conseguir que tú hicieras lo mismo que Lindsay.

—No comprendo…

—Lindsay te mintió. Willy no le hacía chantaje. Tal vez lo hubo en un principio, pero Lindsay aceptó recibir la droga que Willy traía. Hay un punto obscuro aún. Willy, como todos los pasajeros, pasaba por Aduanas. Nunca le encontraron nada, y sin embargo entregaba a tu marido la droga procedente de Londres. La tarjeta y el nardo, tenían por destino hacerte creer en el chantaje de Willy. El dinero que Lindsay retiraba, era para que siguieras creyendo en el chantaje. Lo entregaba a Willy, y formaba el último anillo del tráfico.

—Johnatan… ¡no puedo creerlo! Yo siempre fui leal con él. ¿Por qué me mentía…?

El teléfono interior repicó sobre la mesita. Informó el conserje que había una visita para la señora Compton. Tendió Compton el aparato a su esposa.

Escuchó ella unos instantes, y su rostro se iluminó. Dijo gozosa:

—… ¡Sí! Ahora mismo. Te esperamos.

Colgó, y dijo alborozada:

—¡Es Walter, mi hermano! Hace mucho tiempo que no nos

vemos. Te gustará, Roger. Es muy distinto a Muriel… Es un encanto. Tenía deseos de que os conocierais los dos. Siempre navegando, y como su barco no hace escala en Nueva York… Sus cartas eran siempre un consuelo para mí. Es muy comprensivo; ya verás.

—Su estilo por correspondencia me gustaba, es cierto. Realmente, siento gran curiosidad por conocer a tu hermano Walter.

Capítulo XI

Walter Trevor, alto, fuerte, moreno, de ojos pardos, realzaba con su prestancia el uniforme azul de primer oficial maquinista mercante.

Permaneció unos instantes fundido en estrecho abrazo con su hermana, y por fin desprendióse, avanzó tendida la diestra.

—¿Conque eres tú el famoso abogado defensor? Celebro conocerte en persona, Roger. Mi hermana te considera un superhombre.

—No lo soy —sonrió, fríamente, Compton.

Ella se apresuró a manifestar:

—No hagas caso de su severidad aparente. Es apariencia, tan sólo. ¡Qué lástima! Nos vamos este mediodía, Walter…

—Podemos posponer la partida. Puedo ir a la compañía aérea…

—¡Sí, Roger! Mientras me vestiré, y los tres iremos adonde quieras, Roger. Tardo sólo media hora.

—Con mi coche, estaré pronto de regreso, Beatriz.

—Te acompañaré, Roger —decidió Walter Tremor.

—Encantado. Estamos de vuelta pronto, Beatriz.

En las escaleras, mientras bajaban, dijo Trevor:

—Así podremos charlar a solas, Roger. Estuviste magnífico al defender a Beatriz. Delante de ella, podía resultar molesto citar el desdichado asunto.

—En efecto. Agradezco tu delicadeza.

Sentándose junto al volante, rió Trevor:

—Eres exactamente el frío abogado intachable, Roger.

—Y tengo la manía de los interrogatorios.

—¿Aun estando de vacaciones?

—Para no perder práctica.

—Haces bien. ¿Por qué no vamos a tomar algo caliente a

cualquier sitio?

—Tú dirás dónde.

—Tengo una casa en las afueras. Te iré señalando el camino. Es que tengo gran interés por charlar contigo.

—Y yo. ¿Cómo supiste que estábamos en el
«King's»?

—Me lo comunicaron.

—¿Tu barco ancló en el Támesis?

—No. En Southampton, como siempre. Pero también como siempre los días de escala, los paso en mi casa durante el día.

—Te van bien los negocios…

—No me puedo quejar. Estoy ahorrando para comprarme un barco de mi propiedad. El sueño irrealizable de todo marinero. Gira a la derecha, y la tercera bocacalle conduce a la carretera de Junction Road.

—¿Por qué en tus escalas no vas a Richmond?

—Voy a abrazar a mi madre y a Muriel. Pero ellas se escandalizan pronto, y no comprenden que un marinero en escala, ha de desquitarse de los meses de mar.

—¿Es costero tu barco?

—Te lo explicaría Beatriz. Hago el trayecto llamado en argot marinero, «mantequilla». Recogemos pasaje, pero la carga es siempre la misma. Quesos y tulipanes en bulbo, por Rotterdam. Más quesos y maquinaria en Amberes. Descarga en Halifax, y carga de ganarlo con destino a Cuba… La tercera bocacalle a la derecha, Roger.

—De Halifax a Nueva York Hay poca distancia. Podías haber visitado a Beatriz.

—La escala de Halifax da mucho trabajo.

—Lo supongo.

—Es curioso, pero será tu oficio. Das la impresión de estar interrogando a un acusado.

—Todos tenemos siempre algún punto más o menos obscuro en nuestras condiciones, Walter.

—Conduce más despacio. Esta carretera es fatídica. Ocurren muchos accidentes en ella.

—Lo supongo.

—¿Supones…? Eres gracioso, Roger. Das a tus menores palabras

una densidad de sentencia.

—Lo son. Porque se basan en inexorables fundamentos.

—Será el estilo legal, pero prefiero el marinero.

—Recogéis en Rotterdam quesos y tulipanes. Esta mención de una flor típica, me hace recordar otra. La prensa no lo citó. Una vara de nardos.

Walter Trevor irguió el torso. Rió, falsos los pardos ojos:

—Apestan los nardos. No me gustan.

—Ni a mí. Prefiero cederte el volante. Esta carretera está muy resbaladiza, y hay demasiados virajes.

—Será mejor. Yo la conozco como mi bolsillo.

Hecho el cambio, dijo Compton:

—En tu bolsillo puede haber un telegrama. En el mío, el que está junto a tu costado, hay un revólver, préstamo de la agencia Claydon. Haces bien en frenar. Será mejor.

—¿Qué… diablos divagas, cuñado?

—El telegrama remitido dice textualmente: «URGENTE VISITES BEATRIZ KING "ARMS CHELSEA". *STOP*. INVITA A COMPTON PASEO. *STOP*. IGNORA TU PARTE PERO CONOCE RESTO. *STOP*. ES COMERCIALMENTE URGENTE». La firma decía: «MARY», pero lo escribió Gipsy Kentbury. Lo puso un excelente muchacho llamado Jasper Burford. Gipsy Kentbury fracasó, y en bastante mal estado físico, ha pasado a ser interrogada por *Scotland*. No tardarán en detenerte. Quise evitar este nuevo dolor para tu hermana. ¿Qué iba a ser, Trevor? ¿Un accidente?

—Estás divagando.

—Un telegrama muy comercial. Posiblemente, ya tienes práctica en accidentes. El negocio de drogas tiene entre bastidores mucha suciedad. He estado examinando el recorrido de tu barco, en la agencia
Lloyd's.
Hay una coincidencia en meridianos y paralelos, en los viajes por avión de Willy Lombard, y la singladura de tu barco. Él recogía la droga, porque al salir no le registrarían el equipaje, sino al llegar. Te aviso que son divagaciones.

—Interesantes.

—Gracias. Willy Lombard no efectuaba su viaje, hasta que no supiera que tu barco se hallaba próximo a Long Island. ¿Tiraba la

droga envuelta en tela impermeable y corchos? ¿La recogías tú mismo, o algún marinero de la organización? Los registros a bordo son muy escrupulosos. Seguramente el paquete caía cerca de donde esperaba un marinero pescador. Lo entregaba a Willy, quien dejaba el paquete seguro en casa de Lindsay, quien a su vez repartía parte, y otra posiblemente la entregabas tú. Se había burlado el registro marítimo y la severa aduana neoyorkina. No tendré el menor remordimiento si disparo… Pensaré en Beatriz. Tu hermana.

—Si pensaras entregarme a la policía, no me habrías traído hasta aquí.

—Me has traído tú, cuñado. Yo estoy de vacaciones. El envío del telegrama sólo lo sabemos Burford y yo. No quiero que tu hermana me considere el autor de tu detención. Podrás llevarte este mismo coche. A efectos de la policía, me diste un golpe, me caí… y huiste. Trataré de que tu hermana ignore todo esto. No soy policía, ni mi moral se rebela. Estoy de vacaciones.

—Yo no perjudiqué en nada a Beatriz. Fué el imbécil de Willy… el que creyó era una listeza…

—¿Por qué me enviaste la dichosa florecita, Walter?

—Tal vez hubiera convencido a Beatriz, por mediación de Gipsy, o de alguien en Nueva York, que la casa de Lindsay… Pensaba retirarme pronto.

—También lo pensó Lindsay. No hay límite para las ganancias delictivas, salvo el patíbulo. Menospreciaste mi reacción.

—Era para atemorizar a Beatriz.

—Y sembrar la cizaña de la duda entre ella y yo. Este delito no consta en *Scotland*, donde, posiblemente. Gipsy te estará acusando.

—No lo hará, porque me quiere.

—¿Ella? «Ella es así, amigos»… Voy a despedirme, Walter. Lamento que haya sido tan breve nuestra relación.

—Has hundido un negocio firme, cuñado.

—No considero negocio sólido enviar nardos. Por un instante, ella imaginó que yo pudiera ser el autor del macabro envío. Echarás carretera adelante. Yo cogeré un autocar de ésos. Si te viera regresar, dispararé.

—Adiós, cuñado. Creo que conseguiré salir de ésta.

—No me digas que volveremos a vernos, le perjudicarías.

—¡Casi correría el riesgo! Tienes la frialdad y cortesía de un

cobarde verdugo chino.

—Hace tiempo que practico la máxima de que el delincuente no paga con el castigo físico. Adiós, canalla.

Bajó Compton. Walter Trevor pisó el acelerador. Trataría de escapar, y algún día sería su máximo placer, en mejor situación, borrar para siempre la máscara ascética del abogado…

Se sobresaltó. Le parecía oír respirar a alguien. Frenó en seco.

—Tranquilidad y buenos modos, «Pingüino», y te lo garantiza Jasper Burford de la agencia Claydon, adscrita al *Scotland Yard*.

El interior del «Mercury» quedó deteriorado, pero impuso su autoridad el nuevo componente de la agencia Claydon.

Epílogo

—¿Y Walter?

—Le esperaba abajo, cuando volvíamos, un mensaje urgente. Un telegrama de su capitán. Debe incorporarse… Me ha encargado te prometa que nos vendrá a ver a Nueva York.

«La mentira es lícita, cuando lleva un buen fin», rezaba el libro de máximas del abogado Compton.

—He dado pues contraorden. Partiremos este mediodía.

En el aeródromo, mientras ella se instalaba en el avión, Roger Compton truncaba su código por vez primera. Bebía un «tufillo» en el bar del aeródromo, y flanqueado por los hermanos Burford, se sentía satisfecho de sus vacaciones.

Habíanse desvanecido todas las dudas que pudo suscitar la flor enviada la mañana anterior.

—Éste dice que he encontrado el camino recto. ¡Tiene gracia! Será recto, pero ¡hay que ver la de trampas que tiene el camino recto!

«Éste» rió con deleite, acariciándose la patilla con el mango de su bastón-paraguas.

Jasper Burford tocó en el hombro a Compton.

—Hay también lealtad al estilo «bronce» en usted. No detiene a Trevor, para no causar pena a la señora… Oiga, mientras estaba agazapado bajo la manta, atrás, casi me dio no sé qué del marino. El chico se creía el tunante… Lo era, hasta que usted llegó.

—Sin usted, Jasper, no se habría obtenido este gran éxito para la agencia Claydon. Bien, he de despedirme. Lo dicho. Si algún día me honran con su visita, lo celebraré.

El avión surcaba ya los aires, cuando dijo Jasper Burford:

—¿Qué será la sorpresa que me ha preparado?

—Ahora ya puedes abrirlo. Te dijo que sólo lo hicieras cuando el avión desapareciera de tu vista.

Sacó de su bolsillo Jasper Burford el paquete entregado por Compton, minutos antes.

Arrancó el papel. La celofana transparentó una vara de nardo, de marfil, con tallo de plata.

Había un sobre voluminoso. Contenía cien libras esterlinas. La tarjeta decía:

> «Honorarios honorables al señor detective Burford, Jasper, de la agencia Claydon. Con la gratitud de Roger Compton, afectuosamente».

—¡Potable! Era verdad, Percy, lo que decían los manuales escolares. La virtud siempre es recompensada… ¡Vamos a soplarnos un «tufillo»! ¡Pago yo!

—Ya era hora.

—Nunca es tarde si la flauta suena. Este trasto me servirá de pisapapeles y de instrumento persuasivo si es preciso. En realidad, el yanqui tiene razón. He sido yo quien ha resuelto el caso del nardo. ¿Tienes alguno entre manos, ahora, digo, un caso?

—Uno. Me sobra.

—Nos basta. ¡Eh, nena! La ginebra la echo yo. Caprichitos… ¿Te has fijado, tú? Vaya par de…

—¡Silencio! Tu lenguaje ha de moderarse de ahora en adelante.

—Bueno, pero ¿dejará ella de lucir un par de… ojazos suculentos? A tu salud, Percy.

—A la tuya, bribón.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.